ZONA LIBRE

# Me dicen Sara Tomate

Jean Ure

GRUPO EDITORIAL norma
INFANTIL • JUVENIL

# Jean Ure

Jean Ure es una afamada escritora inglesa, autora de numerosos libros para niños y jóvenes. ***Me dicen Sara Tomate*** es su primera novela para jóvenes traducida al español.

ZONA LIBRE

# Me dicen Sara Tomate

JEAN URE

Laura Melissa
Moncayo Barbosa

PARA
Disfrutar la lectura.

Traducción de:
María Mercedes Correa

Fotografía de cubierta:
Daniela Violi

GRUPO EDITORIAL norma

Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José,
San Juan, San Salvador, Santiago de Chile.

Título original en inglés:
*The Secret Life of Sally Tomato*
de Jean Ure
Publicado en español según acuerdo con
HarperCollins Children's Books, Londres.
Copyright © Jean Ure, 2000
Copyright de la edición en español:
© Editorial Norma, S.A., 2000, para México, Guatemala,
Puerto Rico, Costa Rica, Nicaragua, El Salvador,
Honduras, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador,
Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina y Chile
A.A. 53550, Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin permiso escrito de la Editorial.

Impreso por Banco de Ideas Publicitarias Ltda.
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*
Septiembre de 2006

Dirección editorial: María Candelaria Posada
Diagramación y armada: Ana Inés Rojas

ISBN 958-04-5775-1

*Para Henrietta*
*(nos hicimos reír mutuamente)*
*y para mi amigo Mark Alexander*
*(también conocido como*
*Ranny Arbucle...)*

Digitized by the Internet Archive
in 2023

https://archive.org/details/medicensaratomat0000jean

Algunas personas escriben diarios. ¡Yo voy a escribir un abecedario! Voy a escribir dos letras por semana, comenzando desde el lunes. (El comienzo de primavera.) Por cada letra escribo un poema. Puede que algunos me salgan un poco pasados de tono, dependiendo de cómo me sienta. También escribiré sobre mi vida. Todo lo que me pasa, especialmente con las chicas. Si todavía no lo he logrado cuando llegue a la Z, lo más probable es que me pegue un tiro.

Aunque creo que mejor me ahogo, porque no tengo revólver.

También podría tomarme cincuenta y ocho frascos de aspirina, o lanzármele al tren

del metro, o decirle imbécil en la cara a Kelvin Clegg para que me haga papilla.

¡Antes de eso tengo que haberlo logrado!

Cuando digo "haberlo logrado" me refiero a haber besado a alguien.

Cuando digo "alguien", ¡me refiero a una chica!

Cuando digo besar me refiero...

Nada de besitos tontos en la mejilla. Claro que, para ser franco, tampoco he hecho eso. ¡Tengo doce años y ni siquiera le he dado un beso en la mejilla a una chica!

Me preocupa seriamente pensar que me esté pasando algo grave. ¿Será normal no haber besado jamás a una chica a los doce años? ¡Hasta el Pote ya ha besado a alguien! Dos veces. La primera vez fue con su prima, Jemma, aunque en realidad fue ella quien lo besó. Eso lo tomó por sorpresa, así es que no pudo aprovechar demasiado.

La segunda vez fue con Nasreen Flynn, el año pasado. Estaban solos en el salón, porque eran los monitores de aseo. Él se le acercó y ella no se le resistió.

Le pregunté al Pote cómo se había sentido y él me contó que era como poner los labios en un durazno maduro.

Se me ocurre que puedo pedirle a mamá que compre duraznos para practicar, pero no es lo mismo. ¿Cómo es posible que el Pote lo haya logrado y yo no?

Respuesta: porque él es normal. Mi hermana lo llama "cabeza de huevo", y no creo que sea propiamente lo que las chicas llamarían guapo, porque es bajo de

estatura, rechoncho y tiene cara de gnomo. En todo caso, lo que sí tiene es que destila masculinidad a chorros. Es una fábrica andante de hormonas. Cuando ve a una chica se convierte en una bestia salvaje, con una necesidad incontrolable de besar y agarrar.

Yo, parece que no tengo hormonas. O, si tengo, no me funcionan.

¡Con tal que no sea *gay!* Claro que no veo cómo podría ser *gay,* porque en ese caso me gustaría el Pote, ¡y no me gusta para nada!

A menos que me guste y yo no me haya dado cuenta.

¡Auxilio! ¿Por qué no puedo ser como los demás?

Ayer, cuando iba a la casa del Pote, me encontré con Kelvin Clegg y sus amigotes. Kelvin gritó: "¡Hey, miren a Sara Tomate!" Todos se rieron. Yo sé que me dicen así porque tengo un nombre bastante peculiar, y porque Kelvin Clegg tiene la edad mental de una mosca retardada y se cree muy gracioso. Yo lo sé. Lo que pasa es que a veces me pregunto si ellos perciben algo. Por lo general esos neandertales son buenos para eso. Son como perros, que pueden oler ciertas cosas.

Tengo una lista de cosas anormales sobre mí:

1. Mi nombre. Salvatore d'Amato. Puede que sea muy apropiado en Italia, pero yo no vivo en Italia sino en Inglaterra. Vivo en un barrio de las afueras de la ciudad, a cinco minutos de la casa de Kelvin Clegg. Él fue el que me puso Sara Tomate.

Cuando no me llaman Sara me llaman Salva. Eso debe tener un efecto psicológico. Los padres pueden ser

muy crueles con los hijos cuando escogen el nombre. Como los esposos Casas, que le pusieron Armando a su hijo.

Yo prefería mil veces llamarme Armando Casas y no Sara Tomate.

2. Segunda cosa anormal: no me gustan los deportes. Sólo la natación, pero eso no cuenta. Por lo menos, no en mi colegio. Lo único que cuenta en mi colegio es el fútbol. Bueno, y molestar a la gente, si te llamas Kelvin Clegg.

3. Tercera anormalidad: leo mucho. Eso es algo típico de los *nerds*. Mi hermana no se lee un libro hace años. Los muchachos le interesan más. Papá dice que está obsesionada con los muchachos. ¡Es demasiado normal!

4. La cuarta rareza: escribo poemas. Eso es tan *nerd* que no se lo he contado a nadie, ni siquiera al Pote.

5. Me dan miedo las alturas.

6. Me da miedo que me salga un tumor cerebral.

7. Esta se me acaba de ocurrir. Hace unas semanas vi *Lassie* por televisión y lloré. Mi hermana también lloró, pero eso está bien, porque ella es una chica. Aunque ya tiene catorce años, no se le ve mal que llore. Los chicos supuestamente no debemos llorar.

¿Qué diablos me pasa?

Si en realidad soy anormal, tal como me temo, es por culpa de mis padres. Ellos sí que son raros. Pero de verdad. Nada más pensemos en mi papá. Dentista. Sólo a una persona retorcida se le ocurre ser dentista.

Y mi mamá. ¡Ama de casa! ¿Cómo le voy a decir a la gente que mi madre es ama de casa? Yo creo que ni siquiera saben qué significa eso. Es cosa de la época de las cavernas. Las otras mamás son biólogas marinas o administradoras de banco, o trabajan en almacenes. ¿Por qué la mía no?

Mamá dice que no le queda tiempo para dedicarse a eso, porque está demasiado ocupada con sus clases. El año pasado tomó clases de mecánica y de reflexología. Este año es el de la cocina vegetariana y las antigüedades . Hace horribles comidas como pudín de zanahoria y avena y hojas de repollo. Cuando no está haciendo eso, está buscando antigüedades en todas las realizaciones. ¿Qué más podría esperarse de una persona que se casa con un dentista? Si no era rara antes, se volvió así después de casada.

Mamá es agradable. Papá también. No es que yo no los quiera, pero me parece que son extraños. El papá del Pote conduce un camión y la mamá trabaja en un almacén de bricolaje. A eso le llamo normal.

Por eso mismo el Pote es normal y ha podido besar chicas, pero yo no. ¡Y no es que no haya tratado! Ya estoy decidido. Ahora sí va en serio. ¡Es mi proyecto para este trimestre! Debo:

– Conocer mejor a las chicas.

– En lo posible, conseguir una novia.

– Si no se puede, al menos besar a una chica, de preferencia Lucy West, aunque tampoco me disgustaría Joella Crick o Carrie Pringle.

– Si todo lo demás falla, me conformo con Nasreen

*Jean Ure*

Flynn, aunque no me gustaría besar a una chica que ya haya besado el Pote.

¡Cuando llegue a la Z, a lo mejor las haya besado a todas!

*A, B, C, D*
*aquí viene el poeta,*
*raudo como el viento*
*del trasero de una mofeta.*

*A viene de axila*
*que suda si hace calor.*
*Las que tienen muchos pelos*
*despiden pésimo olor.*

Uno puede ver si le huelen las axilas levantando el brazo y metiendo adentro la nariz. Yo lo he hecho. Hasta ahora no he detectado ningún olor.

Es muy importante no oler a nada si uno quiere besar a una chica. Las chicas son unas terribles fanáticas de la limpieza. Al menos así es mi hermana: se pasa horas metida en el

baño. Eso enfurece a papá, que a veces se sale de casillas y grita.

–¿Te convertiste en lavamanos, o qué? –le dice–. En esta casa hay más gente, ¿sabes?

Hace poco, a la hora del desayuno (después de los gritos de papá), le pregunté qué era lo que hacía en el baño. No era por entrometido; era una investigación seria. Estoy tratando de aprender todo lo que pueda sobre las chicas y sus costumbres.

Mi hermana me miró como si yo fuera un insecto asqueroso y gruñó:

–No empieces.

Yo le dije que no estaba empezando nada.

–¡Sólo quiero saber qué haces!

–La pregunta sobra –dijo papá, abanicándose con la mano–. ¡Se emperifolla como un pastel de primera comunión! Me sorprende que te dejen entrar al colegio untada de esa cosa.

–Esa cosa se llama perfume –dijo Isa.

– ¿Dónde te lo echas? –pregunté, porque me interesa tener total claridad al respecto–. ¿Por todas partes, o sólo...?

–Mira, tú mejor cállate. ¡Me tienes hasta las teclas!

Mi hermana no tiene teclas. Es totalmente plana, así es que no entiendo cómo puedo tenerla hasta las teclas.

Naturalmente que ella es igual de rara a toda la familia. Ayer le pregunté a mamá si le parecía que mi hermana era normal.

–¿Cómo así? –me dijo sorprendida, como si no entendiera por qué le preguntaba eso.

–Es que quiero saber si todas las chicas son como ella –expliqué.

Mamá suspiró y dijo:

–Por desgracia, sí.

–¿Cómo, por desgracia? –pregunté.

–Bueno, porque pasan por esa fase...

–¿Todas?

–La mayoría.

–¿Cómo cuántas?

–Como el 99.9%. ¿Por qué?

Le conté que estaba haciendo un estudio sobre las chicas. Por alguna razón, a mamá le pareció gracioso. Luego me preguntó:

–¿Y qué has descubierto hasta ahora?

–He descubierto que les gusta estar limpias.

–¿En serio? ¿Y qué te hizo llegar a esa conclusión?

–La observación –dije–. Muchas horas en el baño.

Mamá se rió. Creo que a eso le llaman reírse a mandíbula batiente.

–No se encierran en el baño para quedar limpias.

–¿Entonces qué es lo que hacen ahí metidas tanto tiempo? –dije–. ¿Solamente embadurnarse de perfume?

–Uf, hacen muchas cosas –contestó mamá–. Muchas más cosas. Es todo un ritual. Se miran, milímetro a milímetro, desde todos los ángulos posibles. Se angustian pensando en los granos de la cara, o si tienen la

nariz demasiado grande o demasiado chica. Usan la cuchilla del papá para afeitarse las piernas pero no se toman la molestia de limpiarla. Dejan el suelo tapizado de talcos: los talcos de la mamá. Se cortan las puntas del pelo y tapan el caño. Se cortan la uñas de los pies en el lavamanos. Luego se las pintan, ahí mismo. Dejan caer grandes gotas de esmalte en el lavamanos y lo manchan, para gran disgusto de sus padres. Luego...

Mamá se detuvo un instante.

–¿Qué más te puedo contar?

–Bueno, pero también se darán una ducha, ¿o no? –pregunté.

–Ducha, no sé –respondió mamá–, pero lo que sí sé es que se bañan en la tina durante horas, y gastan una cantidad de agua que les hace poner los pelos de punta a los padres porque las cuentas llegan por las nubes.

–Con eso deben quedar bastante limpias –dije–. ¿No crees?

–Quizás les quede limpio el cuerpo, porque el estado de su habitación, por otra parte, deja mucho que desear.

No sé por qué trajo a cuento lo de la habitación. Sonaba disgustada. Pero al menos aprendí otras cosas sobre las chicas.

Esta tarde, cuando llegué a casa, vi que había llegado una amiga de mi mamá de la época del colegio. Se va a quedar con nosotros esta noche. Cuando estaba en el colegio le decían Palillo, porque era muy flaca. Todavía le dicen Palillo, aunque ahora es

regordeta. Eso les parece muy gracioso a las dos y se ríen como locas.

El Palillo regordete no me veía desde que yo era chiquito y le dijo a mamá:

–¡Cómo ha crecido Salva! Va a volver locas a las chicas cuando crezca.

–¿Tú crees? –dijo mamá.

–Uh, claro –dijo emocionado el palillo regordete–. ¡Va a ser un encanto!

Mi hermana estaba por ahí y aprovechó la oca-sión para hacer un ruido de vómito. Para ella, yo equivalgo más o menos a un gusano. Sin embargo, mi sensación de triunfo duró poco, porque la siguiente frase que dijo la amiga de mamá fue:

–Se ve que es un chico muy bien puesto.

Ante lo cual mi hermana respondió:

–¡Ja!

Eso me parece terrible. No quiero verme como un chico bien puesto. Quiero verme seductor y degenerado.

Todavía me preocupa pensar que sea *gay* y no me haya dado cuenta. Kelvin me sigue diciendo Sara Tomate. Hasta el Pote se ríe.

*La B es de busto y de brassier*
*letras divinas de mujer.*
*Bonita y bella son palabras suaves,*
*pero buena y bombón son más graves.*
*De todas, mi favorita es beso*
*y no puedo dejar de pensar en eso.*

Un chico bien puesto no escribiría un poema así. ¡Qué bien! ¡Ahora sí puedo olvidarme de ese asunto de ser *gay!* ¡Lucy West me encanta! Mis hormonas empiezan a parecer un volcán en actividad. Con sólo mirarla empiezan a salir a borbotones. Ahora ya sé cómo se sintió el Pote cuando agarró a Nasreen Flynn

y la besó en la boca. Cuando llegue a la Z tengo que haber besado a Lucy en la boca.

Lo que me gustaría saber es cómo empezar. No puedo hacer lo mismo que el Pote, porque Lucy y yo nunca estamos solos, y aunque estuviéramos no sé si me atrevería. A lo mejor es porque mis hormonas todavía no fluyen con la fuerza suficiente. Tal vez si me quedo mirando a Lucy se acumulen y exploten y me obliguen a saltarle encima como una bestia.

Me acaban de nombrar asistente de biblioteca. Es un gran honor, pues significa que durante dos días a la semana uno se queda en la biblioteca después del almuerzo en vez de tener que salir a navegar en el mar picado (o sea, tener que tratar con Kelvin Clegg y sus amigotes) y todo lo demás. A uno le ponen un brazalete especial que dice ASISTENTE y sella los libros que salen de la biblioteca y les quita los adhesivos cuando vuelven a entrar. Además, cuando no hay mucho qué hacer, uno puede sentarse a leer un rato.

Una de mis mayores ambiciones era que me nombraran asistente y ya lo logré. Si a Lucy también la hubieran nombrado mi dicha sería completa, pero desafortundamente eso nunca sucederá (sobre todo porque no creo que a Lucy le guste leer). La otra asistente de mi curso es Harmony Hynde. No es que tenga nada contra Harmony Hynde, pero no creo que me haga funcionar las hormonas. Ella no es del tipo de chica que pone las hormonas como un volcán. No quiero parecer machista, pero algunas chicas son así y otras no: es una realidad de la vida.

Cuando llegué a la casa con el brazalete puesto, mi hermana estaba ahí y me dijo:

–Sólo a los *nerds* los nombran asistentes de biblioteca.

Eso me puso a pensar. ¿Seré un *nerd*? Tal vez el mes pasado sí lo fui. Tal vez el lunes. Pero el martes me enamoré de Lucy West y mis hormonas arrancaron. ¡Deseo a Lucy! Eso me hace sentir muy macho.

Pero yo creo que Harmony sí es. Quiero decir, *nerd*. No sólo porque es asistente de biblioteca sino por todo lo que hace. Es la típica persona que uno catalogaría como *nerd*. Yo sé que ella no lo puede evitar. No tiene la culpa de tener que usar anteojos y ganchos de ortodoncia. Es sencillamente una crueldad de la naturaleza.

Lo mismo pasa con el pelo. El pelo de Lucy es suave y sedoso, del color del trigo dorado. El de Harmony es un alboroto, como una esponjilla de brillar ollas, y es anaranjado como una zanahoria.

No todas las chicas pueden tener el pelo como Lucy.

El profesor de literatura, el señor Mounsey, nos dijo que pensáramos en figuras retóricas para la clase del lunes. Esta noche papá llegó a casa y dijo que el tráfico era un infierno.

Le pregunté si eso era una figura retórica y él me respondió que más bien era una desgracia. Sin embargo, yo creo que sí es una figura retórica. ¡Voy a decirla el lunes!

*La C viene de caspa*
*y hay que tener astucia,*
*porque se ve limpia y blanca*
*pero sale de cabezas sucias.*

Escribí eso simplemente porque mi hermana me dijo esta mañana que yo era una caspa. No sé exactamente por qué me dijo eso. No sé por qué dice muchas de las cosas que dice. Ella es un misterio total.

Me doy cuenta ya tarde que la C también es la letra de copas (que vienen en diversos tamaños). ¡Ya sé todo sobre las copas! Stuart Sprague nos contó a mí y al Pote. Nos hizo

varios dibujos para ilustrar el asunto. A es una copa pequeña, B es mediana, C es grande, D es enorme y E es monumental.

El Pote le preguntó a Stuart cómo sabía todo eso y Stuart le dijo, con cara de sabihondo:

–Yo sé muchas cosas, especialmente sobre las mujeres. Si quieres saber algo sobre ellas, ven y pregúntame a mí.

Es interesante ver cómo las personas tienen talento para diferentes cosas. El Pote, por ejemplo, es muy bueno para el trabajo con madera, metal o todo lo que tenga que ver con trabajo manual. Yo soy muy bueno para los exámenes y eso. Sin embargo, ambos somos totalmente ignorantes en lo referente a mujeres, con todo y que el Pote ya besó a Nasreen Flynn. (De eso va a ser ya casi un año y desde entonces no lo ha vuelto a hacer. De las copas no tenía ni idea.) Stuart es bastante bruto, pero posee una increíble erudición sobre ese tema, que nos deja boquiabiertos al Pote y a mí.

Ahora que ya me inicié en los misterios de los tamaños de las copas, me parece difícil dejar de pensar en los senos y preguntarme qué tamaño de copa serán. ¿Cuál será el tamaño de Lucy?

Quizá por ahora sólo sea talla A, porque todavía le falta crecer. Pero cuando crezca... ¡Ufff! Yo creo que va ser talla G o H.

¿Harán sostenes de ese tamaño?

¡Sería como para enloquecer!

En la clase del lunes vimos las figuras retóricas. A último minuto cambié "el tráfico es un infierno" por "se

puso como un pastel de primera comunión". Creo que lo que buscaba era impresionarlos a todos. Muchos se rieron, pero Lucy se volteó y me miró arrugando la nariz, como si yo oliera a diablos. En ese momento deseé haber dicho lo del tráfico.

–¡También tengo otra! –dije en un intento desesperado, pero el profesor Mounsey dijo que primero nos ocuparíamos de "se puso como un pastel de primera comunión".

–Eso es un símil. Un símil es cuando comparamos una cosa con otra. En este caso, se está comparando a una persona con un pastel de primera comunión.

–Si es que eso significa algo –dijo Harmony.

–Exacto –dijo el profesor Mounsey–. Si es que eso significa algo.

Kelvin Clegg gritó de inmediato:

–¿Entonces qué significa, profesor?

–Eso no importa en este momento –dijo el profesor Mounsey–. ¿Cuál es tu segundo ejemplo, Salvatore?

Le dije lo de "el tráfico es un infierno" y él dijo:

–Bien. ¿Alguien sabe el nombre de esta figura retórica en particular?

Tenía que ser Harmony la que levantó la mano para decir:

–¡Es un cliché!

El profesor Mounsey estuvo de acuerdo y agregó:

–Un cliché, una expresión manida y gastada.

Miré a Harmony con cara de disgusto. ¡Qué pesada!

Luego, el profesor Mounsey prosiguió con su explicación y dijo que además de ser un cliché, mi figura retórica también era una metáfora.

–Eso es cuando se dice que una cosa (en este caso el tráfico), de hecho es otra cosa (o sea, un infierno).

Kelvin Clegg volvió a abrir la bocota.

–¿Cómo puede el tráfico ser el infierno?

En la escala evolutiva, Kelvin Clegg está un nivel por debajo de las amibas, pero esta vez creo que sí se anotó un punto. ¿Cómo puede el tráfico ser el infierno?

Era evidente que el profesor Mounsey no sabía qué decir. Explicó vagamente algo sobre los simbolismos, pero francamente lo que dijo fueron tonterías. No tenía la más remota idea. Lo salvó la campana, que es una cosa que suele sucederles a los profesores.

–Muy bien. Para la próxima clase piensen en ejemplos de figuras retóricas que sean metáforas.

He estado tratando de pensar en alguna figura retórica, pero en este momento no es fácil, porque tengo la mente ocupada en otras cosas. Cuando digo otras cosas me refiero al sexo. Me refiero a los besos. ¡Me refiero a... Lucy!

No cabe duda: mis hormonas están en plena ebullición.

Anoche le pregunté a papá que cuántos años tenía cuando empezó a salir con chicas.

–Hace tanto que ya ni me acuerdo –me respondió.

Insistí en que tratara de recordar. Yo sé que los

años no pasan en vano y que a lo mejor ya le falla la memoria, pero para mí es una información muy valiosa. Es una parte vital de mi educación.

–¿Cuándo fue la primera vez que besaste a una chica?

–Uf, no me acuerdo –dijo papá, y se rió–. Fue Jenny Libovitch. Creo que teníamos seis años.

¡Rayos! Definitivamente estoy retrasado. ¡Tengo que darme prisa!

*La D es de diarrea,*
*también conocida como soltura.*
*Es una cosa fea*
*que a veces da con calentura.*
*A nadie le gusta pasar*
*por ese horrible malestar.*

¡Me gustaría que a mi hermana le diera diarrea! Me gustaría que le diera un salpullido asqueroso y se le cayeran las uñas de los pies y el pelo se le convirtiera en babas. Cuando estábamos tomando el té, sonó el teléfono y ella salió corriendo a contestar. Casi siempre

que suena el teléfono es para ella. Tiene una vida social muy agitada. No sé cómo una persona tan detestable puede tener tantos amigos.

–¡Sara tiene novia, Sara tiene novia! –llegó cantu-rreando a la cocina.

Yo la miré como si me la fuera a tragar (esto es algo que he venido practicando), y le dije:

–¿De qué estás hablando?

–Tu noviecita –me dijo–. Te llama por teléfono.

–Yo no tengo novia –contesté.

–Bueno, pues lo que sea –dijo Isa–. Es una voz de mujer y te está esperando.

El corazón me dio un brinco, como cuando uno está agitado. O quizás eran mis hormonas, que empeza-ron a funcionar, pues no se me ocurrió pensar en otra chica sino en Lucy.

Sin embargo, no era ella. Era Harmony Hynde, que me llamó para hablarme del uso de la palabra infierno en las metáforas.

–Resulta que me acordé de un diccionario que te-nemos aquí en la casa y me puse a buscar. ¡Y encontré algo interesante! ¿Quieres escuchar?

Le dije que sí, aunque no estaba especialmente entusiasmado.

–Te voy a leer –dijo–. ¡Escucha! En la mitología nórdica...

Habría sido muy instructivo si hubiera podido prestarle atención como es debido, pero tenía las hor-monas alborotadas y lo único que podía pensar es que era una lata que no fuera Lucy. Luego empecé a pensar

qué talla de copa sería Harmony Hynde. A lo mejor no tenía ninguna talla. ¡La chica es totalmente plana! Es como una tabla.

Es un problema concentrarse cuando uno sólo está pensando en tallas de copas, así es que lo único que puede captar fue la parte final, cuando empezó a hablar de la relación entre las ventosidades, especialmente de los animales, y el infierno.

–Mi perro es el ejemplo típico –dijo Harmony.

Yo abrí los ojos como dos platos soperos y me quedé esperando a ver si había escuchado bien.

–Se echa pedos –dijo Harmony, e hizo un fuerte ruido con la boca, y empezó a reírse con una risa estridente–. Mi papá dice que parece una máquina de ventosidades.

Yo quedé bastante sorprendido. Realmente es incómodo cuando una chica usa ese tipo de palabras. Te toma por sorpresa. Yo sé que mi hermana habla así todo el tiempo, pero ella es una persona bastante ordinaria. Mamá siempre le está diciendo que cuide la lengua. No me imaginé que una asistente de biblioteca pudiera usar ese lenguaje. Sobre todo no me lo esperaba de Harmony Hynde.

–¿Y de dónde sacaste mi teléfono? –le pregunté en tono cortante.

Harmony se rió otra vez con su risa estridente, bastante fuerte por cierto, y me dijo que no había sido difícil encontrarlo.

–¡Eres el único d'Amato en el directorio!

No había pensado en eso. Se me habría ocurrido

si ella no se hubiera puesto a confundirme. La cabeza no me funcionaba como debería. Eso me hizo sentir muy incómodo. Entonces le gruñí en una forma bastante neandertal que en realidad estaba tomándome el té, y ella debió entender el mensaje porque colgó pronto, como dice mi padre, poniendo acento italiano.

Cuando volví a la cocina, mamá estaba muy curiosa por saber quién me había telefoneado. Mamá es de una curiosidad insaciable. Le expliqué que era una asistente de biblioteca, para explicarme las metáforas.

Hubo un silencio. Mamá parpadeó un par de veces y papá me miró por encima de los anteojos. A lo mejor nunca haya oído hablar de metáforas. Supongo que no se necesitan para nada si uno es dentista. Luego mi hermana se rió como una gallina clueca y dijo:

–Entonces eso es lo que hacen en la biblioteca. Sabía que era una cochinada.

¿Todas las chicas son así? ¿Ordinarias y mal habladas? Qué horror. Se ve que no sé nada sobre ellas.

Bueno, pero eso fue ayer y hoy es sábado. Por la mañana fui a nadar con el Pote. Anoche estuve despierto toda la noche (bueno, casi toda la noche) imaginándome que Lucy estaba en la piscina, en bikini, y que yo tenía que lanzarme al agua para rescartala y evitar que se ahogara. En lugar de eso, adivinen quién llegó. Harmony Hynde, dando brinquitos con su traje de baño de una sola pieza, que la hace ver más esquelética que siempre. Copa talla cero.

–¡Salvatore! –gritó.

Por lo menos ella no me dice Salva. Creo que eso es un punto a su favor. En todo caso, espero que ahora no se ponga a perseguirme como un perro faldero. ¿Qué diablos está haciendo en la piscina? Nunca antes la había visto por acá.

–¿Vienes mucho? –me preguntó, muy entusiasmada.

–Todos los sábados –dijo el Pote, antes que yo pudiera detenerlo.

El muy bocón.

–Yo apenas empecé a venir hoy –dijo Harmony–. Es divertido, ¿verdad?

Afortundamente Harmony no nada muy rápido, así es que la dejamos atrás. Ella quería ser amigable, pero yo estuve muy seco. Le expliqué que el Pote y yo teníamos cosas que hacer.

Cuando nos íbamos alejando, el Pote me preguntó:

–¿Qué te pasa? ¿No te gusta?

No es que no me guste. Lo que pasa es que no les hace nada a mis hormonas, y en este momento mis hormonas son mi prioridad, porque tengo que alcanzar a papá.

Ahora son las nueve de la noche y mi hermana se fue para una fiesta. Supuestamente es una fiesta de ambiente fuerte, pero no veo cómo, siendo que lo único que le dan permiso de tomar es Coca-Cola. Se arregló como un árbol de Navidad (¡eso es un símil!), con un montón de colgandejos y adornos. Se la pasa en fiestas. No entiendo de dónde le salen tantas invitaciones. No me cabe en la cabeza que le caiga bien a la gente. No es

fea, supongo, pero Palillo, la amiga de mamá, no mencionó que fuera un encanto ni nada por el estilo. Sería muy difícil que a alguien le pareciera encantadora: tiene un carácter de los mil demonios. El otro día me amenazó con sacarme los ojos porque me pilló mirándole el sostén en las cuerdas de la ropa. ¡Yo sólo estaba tratando de averiguar qué talla de copa era! Me parece que es talla A, cuando mucho, pero no tuve tiempo para mirar bien.

Para mí es un misterio el hecho de que algunas personas tengan vida social y otras no. Yo no tengo nada de vida social. Yo nada más me quedo en mi habitación soñando con Lucy. Creo que voy a volver a trabajar de nuevo en mi novela. Ya sé sobre qué va a tratar. Es sobre una cucaracha, una forma de vida despreciable, a la que todos rechazan. Voy a empezar así:

Soy una cucaracha.

El profesor Mounsey nos dijo que es muy importante que el comienzo de un libro sea impactante. Yo creo que este comienzo es definitivamente impactante. Yo creo que a cualquiera le interesaría leer un libro que comience así.

Se me ocurre otra figura retórica: llueve a cántaros.

*La E viene de espectacular.*
*Lucy es una de las pocas*
*que sin hacer grandes cosas*
*pone a los chicos a  babear.*

Me he convertido en un maniaco sexual. Mi mente es retorcida. No puedo dejar de pensar en los senos, en los sostenes y en las tallas de las copas.

¡Tengo que besar a alguien, pronto!

Tengo que besar a Lucy...

Estoy practicando, para cuando me deje besarla. He descubierto que si uno aprieta el

puño y besa la parte del pulgar y el índice, parecen unos labios. Bueno, más o menos. Hay que usar la imaginación. En todo caso, quiero tener algo de experiencia antes de hacerlo con Lucy. Stuart Sprague dice que es muy fácil poner la boca en el lugar equivocado, especialmente si uno cierra los ojos, que es lo que mucha gente hace automáticamente. Entonces, en vez de poner los labios encima de los labios de la otra persona, uno termina poniéndolos encima de los párpados o de la nariz. Por eso estoy practicando todas las noches e imaginándome que es Lucy. ¡Incluso practico con la lengua!

Claro que Stuart Sprague dice que esa es una modalidad de beso muy avanzada y que la primera vez es mejor no usarla.

–Hay que conocer bien a la chica antes de intentarlo.

Yo creo que Stuart sabe lo que dice. ¡Ha besado por lo menos a unas veinte chicas!

El Pote quería que yo le preguntara cómo se sentía tocar el busto. Stuart subió las cejas y dijo:

–No puedo explicártelo. Es algo que tienes que vivir por ti mismo para creerlo.

Me gustaría vivir esa experiencia. ¡Creo que me estoy obsesionando!

Hoy, cuando venía para la casa, sentí la incontrolable necesidad de subirme a la estatua de la reina Victoria y tocarle los senos. ¡Esto me asusta! ¿Qué tal que me vuelva loco y pierda el control de mis actos? ¡Podría terminar en la cárcel!

El jueves, en la clase de sociología, hicimos una

representación de los roles de la familia. Dicho más claramente, nos pusieron a jugar al papá y a la mamá. A Kelvin Clegg lo sacaron del salón. Yo quería que me tocara Lucy como pareja, pero Carrie Pringle me escogió. Se le adelantó a Harmony Hynde, que ya venía acercándose hacia mí.

Lo primero que pensé fue que si no podía estar con Lucy, prefería mil veces a Carrie que tener que aguantarme a Harmony, que últimamente ha estado actuando conmigo de una manera que me parece demasiado directa. Sin embargo, ya no estoy muy seguro. Carrie es casi tan malhumorada como mi hermana. Yo creo que odia a los hombres. El Pote me dijo una vez que ella le daba miedo.

Tiene razón. ¡Es una persona terrible! La profesora Petty nos entregó a todos los chicos una bolsa de frijoles con un pañal y nos dijo:

–Este es su bebé recién nacido. Quiero que lo cuiden muy bien.

Kelvin Clegg inmediatamente lanzó a su bebé a las barras (estábamos en el gimnasio) y ahí fue cuando lo sacaron. Yo creo que él quería dárselas de gracioso, pero casi todas las chicas se indignaron. Carrie hizo un sonido de desaprobación en toda mi oreja, y Harmony dijo:

–Podrían darle cadena perpetua por eso.

–Claro que sí –exclamó Carrie.

La profesora dijo que otro día hablaría sobre el tema de la violencia masculina, y que continuáramos atendiendo a los recién nacidos.

Carrie comenzó a darme la lata de inmediato.

–¡Torpe, no lo alces así! Es un bebé, no una bolsa de frijoles... bueno. ¡Sosténle la cabeza, por Dios! No vas a esperar que un recién nacido sostenga solo la cabeza, ¿o sí? No sabes nada. Mejor mira cómo le preparo el biberón. ¿Me estás mirando? Listo. Ya estuvo. Ahora te voy a entregar el biberón para que se lo des al bebé. ¡A ver, muévete! ¡Dale el biberón! Ahora sácale los gases. Te dije que le sacaras los gases. ¿No sabes cómo hacerlo? Francamente, eres patético. Dámelo y yo te muestro cómo se hace. ¡Listo! Ya le saqué los gases. Ahora me voy de compras y te dejo solo con él. Es una prueba, para ver si eres capaz de desenvolverte solo.

Cuando volvió de compras dijo que escuchaba al bebé llorar.

–¿Estás sordo o qué? El bebé está llorando. Pobrecito. Hay que cambiarlo.

–¿Cómo sabes? –le dije.

–Porque huele –me dijo en forma cortante.

Mientras yo le cambiaba los pañales al bebé, la profesora se acercó. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y dijo:

–Muy bien, Salvatore.

Carrie, en cambio, hizo una mueca y me dijo luego:

–Valiente papá serías tú. No sabes nada.

A mí me pareció que lo hice muy bien. El Pote dejó caer a su bebé y Stuart Sprague puso el suyo en el piso y, al regresar, le pasó por encima.

–¡Bebé aplastado! –exclamé.
Carrie ni siquiera sonrió, y lo único que dijo fue:
–Hombres tenían que ser.

Realmente me alegro de que me guste Lucy y no Carrie. El Pote dice que Carrie es rara.

*La F es de flema*
*cuando uno tiene tos.*
*A veces el pecho se quema*
*si el catarro es atroz.*

Estos versos son más bien infantiles, pero creo que tengo derecho a expresar el lado informal de mi naturaleza de vez en cuando. Mi vida se ha vuelto demasiado seria. Todo mi futuro está en juego. ¡En serio! Si no he resuelto el problema de mi vida amorosa cuando llegue a la Z, sabré con toda seguridad que algo malo me pasa.

Hoy es sábado. Es un día importante en las letras de mi alfabeto. ¡Hoy salí con Lucy! Bueno, cuando digo salir no me refiero a una cita propiamente. Lo que sucedió fue que me la encontré accidentalmente, por casualidad, en el centro comercial. Bueno... cuando digo por casualidad, no fue exactamente por casualidad. Fue que la escuché hablando con Sharleen Oates mientras esperaban el bus. Sharleen Oates es su mejor amiga. Estaban haciendo planes para el sábado y escuché a Lucy decir:

–Bueno, entonces te espero junto al reloj.

–Espérame hasta las once. Si a esa hora no he llegado es porque ya no alcancé.

¿No alcanzó a qué? Qué me importa. Esta era mi gran oportunidad. Yo sabía que debía aprovecharla. Entonces le dije al Pote que no podía ir a nadar, y me fui para el centro comercial. Allá me escondí en una de las entradas y me puse a esperar.

¡Perfecto! Por fin fueron las once y Sharleen no apareció. Lucy empezó a alejarse del reloj y ahí aparecí yo en escena.

–¡Hola!

Lucy dio un brinco.

–Ah, eres tú.

No parecía particularmente contenta de verme, pero a lo mejor había pensado que yo era un atracador o algo por el estilo. Yo no sabía qué decirle después de "hola", y ella se adelantó:

–¿Me estabas espiando?

–No. Acabo de llegar –le dije.

No siempre les puede uno decir toda la verdad. Stuart ya me había aconsejado sobre este punto.

Le pregunté si quería que la acompañara al lugar a donde iba a ir.

–Es peligroso que andes sola por ahí –le dije.

–¿Por qué? ¿Qué me puede pasar?

–Te pueden estar esperando para secuestrarte.

–¿Ah, sí? ¿Y tú qué puedes hacer al respecto?

–Impedirlo.

–¿Con la ayuda de cuál ejército?

Ella es muy rápida para este tipo de cosas. Inteligente y sagaz. Yo no soy tan desenvuelto como ella. Finalmente me dijo que, si quería, le podía comprar una gaseosa. Yo fui raudo y veloz. ¡Es la primera vez que le compro una gaseosa a una chica! Nos sentamos en una de las mesas de la cafetería y mis hormonas ahora sí parecían un volcán enloquecido. Yo quería agarrarla y besarla en la boca, pero pensé que a ella no le habría gustado. No en la cafetería. No delante de toda esa gente. Cuando terminamos las gaseosas le pregunté si quería ir a caminar.

–¿Para qué? –me preguntó.

–No sé. Podríamos ir al parque. Es súper.

–No –dijo ella–. Está haciendo un frío terrible.

–Bueno, yo te puedo calentar las manos –dije.

Obviamente, fui demasiado lejos. Ella me miró como si le hubiera dicho algo espantoso; como si en vez de decirle que yo le calentaba las manos le hubiera dicho que quería tocarle los pechos.

¿Y qué tal que un día se me saliera algo así? ¿Qué

tal si eso fue lo que dije y no me di cuenta? ¡Estoy perdiendo el control! Sólo me pasan pechos por la mente. ¡El sexo me invade!

Voy a trabajar un poco en la novela. *Soy una cucaracha.* Me parece que la vida de las cucarachas, aunque inevitablemente triste, tiene un efecto calmante sobre mis hormonas. Las cucarachas no tienen pechos.

Tuve que interrumpir la escritura y bajar a la sala. Mamá me avisó que alguien me llamaba por teléfono. No lo podía creer. Era Harmony Hynde otra vez. Quería saber por qué no había ido a nadar esta mañana. ¡Qué tal! Eso no es asunto de ella.

Me dijo que había encontrado otra figura retórica: se le hizo un nudo en la garganta.

Esa está buena, pero creo que Harmony Hynde tiene una vida social más pobre que la mía.

*La G viene de granos*
*que dejan la cara como un colador.*
*Si los espichas con la mano*
*el hueco queda mejor.*

Mi hermana dice que soy un pervertido, y todo porque me pilló manoseándole –esa fue la palabra que usó: manoseándole– su sostén. Ahí estaba otra vez, en las cuerdas. Yo sólo quería saber cómo era la textura. No tenía que salir como loca a contarle a mamá.

–¡Mamá, es un pervertido! Tienen que hacer algo.

Mamá me dijo entonces:

–Salvatore, deja de hacer lo que fuera que estuvieras haciendo y no molestes a tu hermana.

–Estaba haciendo cosas de pervertido.

–No le hagas esas cosas a tu hermana.

Mamá estaba muy entretenida partiendo pedazos de pasto. Por lo menos, así se veía. (Y así sabía, también.)

–Es un maniático. Deberían encerrarlo –dijo mi hermana con una voz chillona.

Mamá suspiró y dijo:

–¿No podrían tratar de coexistir pacíficamente como un par de hermanos normales, ustedes dos?

–Podríamos, si uno de nosotros no fuera un anormal. Loco apestoso.

No me comprenden. Supongo que no debo quejarme, pues muchos hombres célebres han debido padecer los insultos y la incomprensión de la gente. No se me ocurre el nombre de ninguno en este preciso instante, pero yo sé que es así. Eso es lo que me está ocurriendo ahora.

Por ejemplo, ayer en el colegio, Sharleen Oates me acusó de estarle mirando por debajo de la falda. ¡Pero no era verdad! Bueno, no lo estaba haciendo a propósito. Mi intención no era mirarle por debajo de la falda. Debería ponerse faldas más largas si no quiere que la miren. Las que ella se pone escasamente le alcanzan para taparse las nalgas.

–¡Deja de mirarme los calzones! –chilló. Las chicas siempre chillan cuando se ponen furiosas. Me he dado cuenta de eso. Hablan con un tono tan agudo que te hace doler los oídos. Es como una especie de arma.

Además, ¿qué le hace pensar que yo quería mirarle los calzones? De hecho, eran rosados. Tenía huecos en las medias que llevaba y se alcanzaban a ver unos puntos rosados. ¡Qué desagradable! Espero que Lucy no tenga las medias rotas.

Seguro que no, pero las faldas que se pone Lucy son más largas y no es tan fácil mirar.

Sharleen, por supuesto, no perdió la ocasión para hacerse notar, con su voz chillona y esos ojos que parece que se le van a salir.

–Me imagino que lo disfrutaste, ¿no? Te encanta mirar por debajo de las faldas de las chicas, ¡para verles los calzones!

–Con ese hay que tener cuidado –dijo Lucy–. No te juntes con él.

Luego me dio una de esas miradas fulminantes y siguió subiendo las escaleras, cogiendo a Sharleen del brazo. El Pote me dijo más tarde.

–Tú le gustas.

Le pregunté que cómo hacía para saberlo y él me contestó:

–Porque así se portan cuando uno les gusta.

–¿Cómo así?

–Bueno, pues... –empezó a explicar el Pote, e hizo un gesto con la mano, como barriendo–. Te desprecian,

te tratan como si fueras una basura, aunque realmente se están derritiendo por ti.

Me gustaría creerle, pero el Pote no me parece muy confiable. Además, ¿cómo entender lo de Sharleen Oates? Eso sí era desprecio. Y Carrie Pringle, para no ir más lejos. ¡No me van a decir que también les gusto a esas dos! ¡No lo soportaría! Si me descuido voy a resultar con una fila de chicas que botan la baba por mí.

Yo siempre voy a serle fiel a Lucy. Ella es mi primer y único amor. Las otras no le llegan ni a los tobillos. Pueden arrastrarse a mis pies todo lo que quieran. Lucy es la única.

Le escribí un poema. Lo hice esta noche, cuando supuestamente debía estar haciendo una tarea de matemáticas. Este es mi poema:

*Poema para Lucy*

*Hermosa, la más bella, Lucy mía*
*radiante como la luz del día.*
*Tu cara es la más maravillosa*
*y tienes la suavidad de una mariposa.*

*Como el azúcar eres dulce*
*como una flor, encantadora.*
*No miento en lo que puse.*
*No exagero, no, señora.*

*Ser exquisito como ninguno,*
*eres igual que una estrella.*

*Junto a ti el mundo es humo.*
*Nadie como tú tan bella.*
*Chica de radiantes mejillas,*
*acepta mi amor, si eres sencilla.*

Estoy emocionado. ¡Creo que escribí un soneto! Mañana se lo entrego a Lucy en el colegio. ¡No creo que se resista ante eso!

Mientras tanto, tengo que aguantarme el acoso de Harmony Hynde. He oído hablar de hombres que acosan mujeres, pero no sabía que las mujeres podían acosar a los hombres. ¡Ella me acosa a todas horas! Me busca al terminar las clases. Aparece de repente. El otro día salió del salón de materiales y casi me da un paro cardíaco. Se queda esperándome en las escaleras. Hoy me esperó para que fuéramos juntos a la biblioteca. Kelvin estaba ahí.

–¡Ajajá, llegó la hora de la diversión!

–No le prestes atención –me dijo Harmony–. Es un tarado.

Yo sé que tiene la razón, y que la capacidad mental de Kelvin Clegg es de cero elevado a la enésima potencia, y que una babosa es mil veces más inteligente que él. ¡Pero me saca de casillas! No lo soporto.

Hice todo lo posible por quitarme de encima a Harmony Hynde. De repente dije:

–¡Ay, me acabo de acordar!

–¿De qué? –preguntó ella.

–Se me olvidó una cosa.

Me devolví rápidamente al salón, pero ella me si-

guió tan rápido que por poco nos tropezamos en el marco de la puerta. Kelvin Clegg soltó una carcajada lujuriosa y empezó a avanzar por el corredor haciendo gestos obscenos y diciendo:

–¡Ajajá, Sara Tomate!

Ahora se va a poner a decirle a todo el mundo que Harmony Hynde es mi novia. Esa chica no tiene derecho a hacerme esto. Debería denunciarla a la policía. Deberían prohibirles hacernos sufrir de esta manera.

*La H viene de halitosis.*
*Eso sí que es un desastre*
*cuando alguien se te acerca*
*y tiene una boca que apesta.*
*Es como para salir despavorido*
*ese olor a queso podrido.*
*Hay personas que parecen un caño*
*como si se cepillaran cada año.*
*Es un espanto, es un horror*
*la ofensa de ese olor.*

*Sé buen chico, se obediente*
*cepíllate con frecuencia los dientes.*
(Este pedazo lo puse por papá.)

Es muy difícil saber si uno tiene halitosis. Me preocupa tener mal aliento. Varias veces me he puesto la mano frente a la boca para ver si me huele, pero el olor se evapora antes de que alcance a percibirlo.

Es posible que no huela a nada, pero me gustaría estar seguro. ¿Cómo voy a besar a Lucy si estoy pensando que la boca me huele a alcantarilla o a huevos podridos?

Esta noche le respiré encima a mi hermana, para ver si se alejaba, pero lo que hizo fue clavarme el codo en el estómago y gritar:

–¡Mamá, otra vez!

–Otra vez, ¿qué? –preguntó.

–Otra vez se está portando como un pervertido.

–Salvatore, deja de hacer lo que estés haciendo –dijo. Estaba ocupada preparando una mezcla para rellenar cebollas. (¡Agggh!)

–Me está respirando encima –se quejó Isa.

–¿Y qué? No puedo dejar de respirar, ¿o sí?

–Pero no me tienes que respirar encima. ¡Eres un pervertido total!

Al menos no dijo: "¡Tienes un aliento de perro!", que es probablemente lo que habría dicho si fuera cierto. A lo mejor no tengo mal aliento. ¡En todo caso, me gustaría estar seguro!

El primer beso es una experiencia que te marca para toda la vida. El Pote me lo dijo. Me dijo que nunca olvidaría el beso con Nasreen Flynn.

–Gracias a eso me convertí en el hombre que soy ahora, ¿me comprendes?

Lo de su prima no lo tiene en cuenta, porque lo tomó por sorpresa.

–Eso no fue realmente una experiencia. Ella me saltó encima y yo no tuve tiempo de reaccionar.

Es muy importante que sea una experiencia. Si no funciona, según dice el Pote, puede ser nefasto para la vida de uno. Él asegura que esa es la causa de muchos de los crímenes de este país. Los acusados son hombres cuyo premier beso fue un desastre.

Yo creo que uno jamás se puede reponer del golpe. Por eso me preocupa tanto tener halitosis.

Acabo de meterme a la cama. Me pasé las cobijas por encima de la cabeza y solté una bocanada de aire bien grande. El aire quedó un poco viciado pero no había ningún olor. A lo mejor me estoy preocupando en vano.

Hoy le entregué a Lucy el poema que le escribí. Lo metí en un sobre y puse con mi mejor letra: "Para Lucy".

–¿Qué es esto? –me dijo.

–Es para ti.

–Sí, ya sé, ¿pero qué es?

–Una cosa que escribí –le dije–. Pero sólo puedes leerlo cuando estés sola.

No quería que se lo mostrara a Sharleen Oates.

–¿No será algo vulgar? –preguntó.

–¡No, es algo bueno! Pero quiero que lo leas cuando estés sola para que lo puedas saborear.

Sobra decir que Sharleen estaba ahí, pegada a Lucy, como siempre. Después de una de sus carcajadas de gallina, dijo:

–Cree que te lo vas a comer.

–Más te vale que no sea una cochinada –me dijo Lucy.

Estas chicas son terribles: no confían en uno. Es-pero que no haya tenido experiencias negativas.

Luego, cuando se terminaron las clases, me la en-contré en la parada del bus, ¡sola!

–¿Dónde está Sharleen? –le pregunté.

–¿Qué te importa? –me contestó.

Me dejó mudo. Es muy rápida, esta Lucy. Muy ágil. Puede que no le vaya muy bien en los exámenes y esas cosas cosas, pero es muy ágil con ese tipo de res-puestas.

–Ahora no es que creas que puedes lanzarte enci-ma de mí porque estoy sola.

Seguro que ha tenido experiencias negativas. De lo contrario, no me explico por qué se le ocurren esas co-sas. ¡Lo único que quiero es besarla!

En todo caso, al mismo tiempo me sentí enva-lentonado, pues no creo que hubiera dicho eso si allá en lo profundo de su corazón no le gustara la idea. (Creo que por fin estoy empezando a conocer mejor a las chicas.)

–¿Qué te parece si nos encontramos el sábado en el centro comercial?

–¿Para qué? –me dijo.

–No sé. Para divertirnos.

–¿Haciendo qué?

–Caminando –le dije–. Mirando cosas.

–¿Qué cosas?

–Lo que quieras.
–¿Ropa? ¿Maquillaje? –preguntó Lucy.
–Sí, lo que sea.
–Mmmm... –dijo, e inclinó la cabeza–. Déjame pensarlo.

Me fascina cuando echa la cabeza para un lado. El pelo se le mueve como una cortina.

–¿Nos vemos a las diez y media? –le pregunté–. En el mismo lugar de la vez pasada.

–Todavía no he decidido –dijo.

–Puedes mirar toda la ropa que quieras.

–Mmm...

Ahora inclinó la cabeza para el otro lado.

–¿Te suena la idea? –le pregunté.

–Tal vez. Tal vez no. Voy a ver cómo me siento.

–De todas maneras, yo voy a estar ahí –le dije.

–Eso es cosa tuya –respondió.

Creo que esto es una buena señal, aunque un poco confusa: típico de las chicas. ¡Así se portan cuando uno les gusta! En realidad ella sí tiene ganas salir conmigo, pero no quiere mostrarse demasiado interesada.

Me gustaría tener ropa decente qué ponerme. Me gustaría tener *gel* para echarme en la cabeza. A lo mejor mi hermana tiene un poco. Claro que aunque tuviera no me regalaría. Es el ser más tacaño del planeta, y además cree que soy un pervertido.

Me he estudiado seriamente en el espejo. Creo que ya entiendo lo que quería decir la amiga de mamá con lo de "cuando sea más grande". ¡No tengo nada de

músculo! No tengo pectorales, ni bíceps, ni nada. Si tuviera unas pesas podría hacer algo de ejercicio.

Pregunta: si comenzara a hacer ejercicio ahora mismo, en este preciso instante, ¿tendría más músculos de aquí al sábado?

Respuesta: lo más seguro es que no. No creo que dos días sean suficiente. ¡Pero podría empezar, de todos modos!

Si tuviera unas pesas, claro.

En el jardín hay unos ladrillos. Eso pesa bastante.

Larga pausa.

¡Ya tengo nuevas pesas! Es sencillísimo. Voy a patentar la idea. ¡Podría volverme millonario!

*HAGA SUS PROPIAS PESAS*

*Ingredientes:*

*Una varilla de cortina (hueca)*

*Ladrillos (el número que desee, según capacidad)*

*Cordel*

*Dos bolsas plásticas*

*Método:*

*Ponga el mismo número de ladrillos en cada bolsa. Amarre las bolsas con el cordel. Haga con el cordel un nudo alrededor de la varilla de cortina. Amarre un pequeño objeto en el extremo del cordel y páselo por dentro de la varilla hueca. Amarre en el otro extremo.*

¡Es genial! No sé cómo no se me ocurrió antes. ¡Ahora sí voy a volverme musculoso!

Casi olvido decir que Harmony Hynde me volvió a acosar cuando iba para clase de educación física. Apareció de repente, con un balón de básquet en la mano.

Debía haber estado ahí agazapada, espiando por la rendija de la puerta, para ver cuando llegara yo. Quería saber si el siguiente sábado iba a nadar. Cuando le dije que no, puso cara de decepción.

Me parece francamente patético ver a las mujeres persiguiendo a los hombres así. ¿Acaso no tiene dignidad?

También me dijo que se le había ocurrido otra metáfora para mi colección. ¿De dónde sacó que estoy haciendo colección de metáforas? La escuché solamente por amabilidad. Yo sé que me está convirtiendo la vida en una pesadilla, pero ella no es una persona equilibrada. No quiero herirla. Entonces me dijo:

–Pedro se metió en la boca del lobo.

–¿Eso es una metáfora? –pregunté.

–Creo que sí –dijo ella–. En todo caso, es una figura retórica.

Esa chica debe tener una vida muy triste.

*La I viene de impuro*
*como los pensamientos*
*que de seguro*
*causarían descontento*
*si los fueras a contar,*
*especialmente a tu mamá.*
*Ella descubiría*
*a plena luz del día*
*que su hijo es un patán.*

Tengo la cabeza llena de pensamientos impuros. Parece un caño. Una alcantarilla. Un basurero. ¡No lo puedo evitar! Me da miedo

que algún día me tengan que poner anestesia, por ejemplo si llego a tener un tumor cerebral. ¡Todas las cosas que tengo dentro de la cabeza saldrían a borbotones!

Ayer me pasé toda la tarde alzando pesas, para estar listo para mi encuentro con Lucy en el centro comercial. Busqué en el baño un poco de *gel*, pero sólo encontré una cosa que decía "crema limpiadora en espuma". Es bastante pegajosa y huele bien, así es que decidí tomar un poco y ponerme un poco en el pelo. Yo sentí que había quedado muy bien, pero cuando iba saliendo, mi hermana me vio y me dijo:

–¿De qué vas disfrazado hoy? ¿De cepillo para inodoros?

Mi hermana puede ser muy brusca con las palabras. No sé de dónde saca esa habilidad para ser tan vulgar. Papá a veces suelta palabrotas cuando se pega en un dedo con un martillo o se tropieza con algo; mamá, en cambio, lo máximo que dice es "caramba" o "diablos", si la cosa estuvo realmente grave (por ejemplo, si se salta un punto en su encaje de bolillo).

–¿Qué te echaste en la cabeza? –dijo Isa, con tono de sospecha. Me olió el pelo y chilló–: ¡Esa es mi crema limpiadora, pedazo de pervertido!

Luego subió corriendo las escaleras y fue a acusarme con mamá de que yo le estaba robando la crema limpadora. Antes de que se formara un alboroto, salí corriendo.

Tuve que esperar un montón de tiempo antes de que llegara Lucy. Mientras esperaba, se apareció Harmony Hynde. Llevaba el traje de baño envuelto en una toalla.

–Vine a comprar un gorro de baño nuevo –me dijo.

No creo que fuera verdad, pero al menos eso fue lo que dijo. Yo creo que me estaba espiando.

En todo caso, hablamos un rato y luego dijo:

–¿Por qué no le tomamos el pelo a alguien?

–¿Como a quién, por ejemplo? –pregunté.

–A alguien bien aburrido –dijo–. ¿Sabes que "tomar el pelo" también es una figura retórica? La encontré en el diccionario.

–Te la debes pasar leyendo ese dichoso diccionario.

–Es interesante –dijo–. Es increíble la cantidad de cosas que uno aprende.

Después de que se fue, casi sentí deseos de que se hubiera quedado un poco más. *Casi* deseé haber ido a nadar. Sin embargo, cuando vi que Lucy venía acercándose me emocioné de nuevo, aunque debo decir que la emoción se desvaneció inmediatamente. ¡Lucy había venido con Sharleen! Igual que siempre, estaban pegadas como un chicle, cogidas del brazo, caminando al mismo paso.

–Miren quién está aquí –dijo Sharleen.

–¿Llevas mucho tiempo esperando? –preguntó Lucy.

Le dije que había llegado hacía media hora.

–¿No habíamos quedado de encontrarnos a las 10:30?

–Yo no dije que fuera seguro –respondió Lucy.

–Ella dijo que tal vez –añadió Sharleen.

Luego, sin ninguna razón, comenzaron a reírse.

Las chicas siempre se están riendo. Eso es muy molesto, especialmente cuando uno no sabe de qué se rien.

–¡Mira! –dijo Sharleen, con una voz fingida de entusiasmo–. ¡Se echó clara de huevo en el pelo!

–No es clara de huevo –dije–. Es *gel*.

–¡Ay, tan tierno! –dijo Lucy–. Bueno, Sara Tomate, puedes venir con nosotras si quieres. Puedes venir para ayudarnos a cargar los paquetes.

–Y para comprarnos gaseosas –dijo Sharleen, y luego volvieron a reírse.

Las chicas son muy extrañas. Cuando el Pote y yo vamos al centro comercial nos gusta ir a los almacenes de deportes, o, si tenemos algo de dinero, nos vamos a los juegos electrónicos. Si no tenemos dinero nos vamos a ayudarle a la gente a poner las bolsas de mercado en el auto y nos pagan propina. Otras veces nos quedamos por ahí en el estacionamiento, haciendo sonar las alarmas. Es un juego que nos inventamos.

–Te reto a hacer sonar la del Mercedes Rojo.

–Te reto a hacer sonar la del Jaguar de allá.

Lucy y Sharleen no querían hacer ninguna de estas cosas. Lo único que querían era pasearse por los almacenes mirando ropa y cosas de maquillaje. Cuando acabamos de hacer eso me dijeron que les podía comprar las gaseosas. Cuando terminaron de tomar las gaseosas dijeron:

–Bueno, nos vamos –y se levantaron y se fueron.

Yo me fui detrás de ellas y les pregunté:

–¿A dónde van?

–A la casa –dijo Sharleen–. Aunque eso realmente no es asunto tuyo.

Es muy agresiva. El Pote diría que se porta así porque le gusto.

–¿Las acompaño a la parada del bus?

–Si quieres –dijo Lucy.

Cuando llegamos a la parada del bus, dije:

–¿Quieren que las acompañe hasta la casa?

–Si quieres –dijo Lucy.

–¿Para qué quiere acompañarnos hasta la casa? –preguntó Sahrleen.

–Para evitar que nos secuestren –dijo Lucy.

–Exacto –añadí yo–. Hay que tomar precauciones.

Lo digo especialmente por Lucy. No creo que nadie quiera secuestrar a Sharleen.

Lucy se bajó primero del bus. Yo me bajé con ella. Sharleen sacó la cara por la ventana y gritó:

–¿No te importa que me secuestren a mí?

Lucy se quedó mirándome y dijo:

–Bueno, ¿qué respondes a eso?

Le aseguré que sí, porque Sharleen era su amiga.

–¿Te importa lo mismo si la secuestran a ella o me secuestran a mí?

–¡No! –le dije–. ¿No leíste el poema que te escribí?

–Sí –dijo ella, y se rió.

–No se supone que sea gracioso –dije–. Lo que dije me salió del corazón.

–Es un poema de amor –dijo Lucy–. Poesía sensiblera, como la que escribían los de antes.

–¿Quiénes son los de antes? –pregunté.

–Shakespeare y todos esos.

Hace unas semanas vimos un soneto de Shakespeare en clase de literatura. *¿Podría compararos con una tarde de verano?* (Kelvin Clegg respondió: "más bien con un bulto de papas" y lo sacaron de clase.) Yo no me imaginé que Lucy hubiera comprendido que era un poema de amor. Yo creí que ella estaba dormida en esa clase.

Es muy halagador que te comparen con Shakespeare.

–Si quieres, te puedo escribir otro poema –le dije a Lucy.

–Claro, me encantaría –contestó ella.

¡Bravo! ¡A Lucy le gusta mi poesía! La semana entrante es el día de San Valentín. Voy a escribirle unos versos para esa fecha

He estado levantando pesas como loco. Creo que ya me está saliendo músculo.

*La J es de jamona*
*como ciertas señoras de mi barrio.*
*No me gustaría que mi chica, tan mona,*
*llegara a tener la cintura de ese radio.*

Le dije estos versos al Pote y al él le parecieron divertidos. ¡No me atrevería a decírselos a Lucy! No creo que a las chicas les parezca gracioso.

Le pregunté al Pote si alguna vez había tenido pensamientos impuros.

–¿Qué clase de pensamientos impuros? –preguntó.

–Sobre las chicas –contesté.
Él lo pensó un momento y dijo:
–¿Cuáles considerarías impuros?
–Sobre senos, por ejemplo.

Entonces el Pote reconoció que pensaba mucho sobre senos.

–¿Tú crees que las chicas piensen en nosotros como nosotros pensamos en ellas? –le pregunté.

Me contestó que no tenía la menor idea. Yo tampoco. ¡Me encantaría saber!

Le escribí a Lucy un poema para el día de San Valentín.

*Poema para Lucy en el día de San Valentín*

*El amor es ciego*
*y debes serlo tú también*
*si no has visto hasta dónde llego*
*para que me quieras bien.*

*Te pido, por favor,*
*que no te vayas a negar*
*si te digo que tu amor*
*es lo mejor que puedo desear.*

Tengo que escribir mi teléfono en la parte de abajo de la tarjeta. No va a saber quién se la envió, pero a lo mejor le dan ganas de llamar para averiguar. Voy a mandarla por entrega inmediata, para que la reciba a tiempo.

En el sobre escribí: ¡URGENTE! ¡ENTREGAR SIN DEMORA! Lo hice para evitar que el cartero vea el sobre y diga: "Ah, otra tarjeta de San Valentín. Esta la reparto más tarde". A veces hacen eso. Bueno, eso es lo que dice papá, pero mamá opina que él es paranoico, o sea que cree que la gente está en contra de él. Yo me siento paranoico cuando Harmony Hynde me acosa.

Estamos en semana de vacaciones. Estos días parecen interminables y vacíos, sin Lucy. Ni siquiera puedo alzar pesas. Ayer por la noche, cuando estaba haciendo mis ejercicios, ocurrió un desastre. Una de las bolsas con ladrillos se zafó y cayó en el borde del guardaescobas y se llevó un buen pedazo.

Mamá llegó corriendo a ver qué había pasado.

–¿Qué pasó? ¿Qué hiciste?

Luego apareció mi hermana y soltó una risita antipática.

–Uy, uy uy. Miren a quién tenemos aquí. Charles Atlas en persona.

No me parece justo que entre así no más en mi habitación cuando estoy en calzoncillos. No tiene ninguna decencia.

–¿Y tu qué haces tirando ladrillos por la habitación?

–Estoy practicando –dije.

–¿Practicando para qué? –preguntó mamá.

–Para la semana deportiva. Un concurso de lanzamiento de ladrillos.

–¿También tienes un concurso de lanzamiento de varillas de cortina?

–Ah –dije con una risita forzada–. Es que ponemos los ladrillos en el extremos y luego los arrojamos.

–Pero no tienes que lanzarlos en la habitación. Tu padre se va a disgustar mucho contigo.

En conclusión, ya no tengo mis pesas. ¡Lástima, porque ya estaba sacando músculo! Dos músculos: uno en cada brazo.

He tomado una decisión. Voy a dedicarme esta semana de vacaciones a sacar músculo. El hecho de que ya no pueda alzar pesas no quiere decir que tenga que quedarme sin hacer nada. Voy a hacer veinte flexiones de pecho y nadar veinte piscinas.

También voy a seguir escribiendo *Soy una cucaracha*. Siento una extraña simpatía hacia las cucarachas. Son unas criaturas inofensivas, incluso agradables si uno las conoce bien, y sin embargo la gente las trata con el odio y el desprecio más profundos. Así me trata mi hermana. Se la pasa diciendo que soy un pervertido y luego entra como una tromba a mi habitación cuando estoy en calzoncillos. Eso no está bien: deberían prohibírselo. Si hay algún pervertido en esta casa, es precisamente ella.

Encontré otro dicho: Tiene los ojos en la nuca.

Debo decírselo a Harmony cuando la vea, para que mire a ver si aparece en su diccionario.

*La K no es de nada, pero así empieza calzones prenda atractiva, por un millón de razones.*

Hoy hice veinte lagartijas y nadé veinte piscinas. El Pote no pudo ir a nadar porque iba a visitar a la abuela, pero Stuart Sprague estaba allí y fuimos a tomarnos una gaseosa. Le conté a Stuart sobre mi poema de los calzones. Él me preguntó si no tenía uno sobre los besos y le dije que sí.

–Eso sí vale la pena. Pero hay que besar a la persona con los labios apropiados –dijo Stuart.

¡Es un experto en labios! Me contó que los había de varias clases: delgados, gruesos, grandes, chiquitos, suaves, duros; labios apretados como una ciruela pasa y labios que se retuercen como gusanos; labios carnosos y labios partidos; labios tibios y sedosos; labios provocativos.

–Los hay de todas clases –dijo Stuart.

Yo pensaba en los labios de Lucy. ¿Podré besarlos alguna vez?

–En todo caso, muy bueno tu poema. Mejor que las cosas que hacemos en el colegio. No entiendo ni la mitad de lo que vemos. No veo para qué estudiamos todo eso.

–Estoy haciendo un poema por cada letra del alfabeto –le dije, y empecé a decirle el del la F, el de la flema. Le pareció divertido. Luego iba a contarle sobre el de la J cuando de repente vi que Harmony Hynde venía acercándose.

–Hola, muchachos. ¿Puedo sentarme aquí con ustedes?

–Sí –dijo Stuart–. Salva me iba a contar sobre un poema que escribió.

Yo le hice señas con los ojos, frunciendo el ceño, pero él no es el más astuto.

–Anda –me dijo–. La J es de jamona...

–Suena interesante –dijo Harmony.

–Es una tontería –murmuré.

–Me gustan las tonterías.

–Ahora acabó de decir uno buenísimo –dijo Stuart–. Dile el que acabaste de decir.

–No –le dije a Stuart en tono de súplica–. Era grosero.

Harmony se rió con esa carcajada típica de ella y dijo:

–Eso me gusta.

–Sí, pero era vulgar –dije yo.

–No creo –dijo Stuart–. Las flemas no son tan vulgares.

–Ay, vamos, dime cómo era –insistió Harmony, entusiasmada–. Quiero oírlo.

Finalmente, me tocó decírselo. Le dije el de la F y el de la J.

–Tiene muchos más –intervino Stuart–. Tiene uno por cada letra del alfabeto.

–Todavía no –expliqué–. Apenas voy en la J.

–Brillante –exclamó Harmony–. Coplillas subidas de tono.

Yo creo que los cachetes se me pusieron rojos. Por desgracia tiendo a sonrojarme con facilidad.

–Me parece muy buena idea –dijo Harmony–. Creo que hasta podrías publicarlas.

No se me había ocurrido. Había pensado publicar *Soy una cucachara,* porque es literatura de buena calidad. ¡Pero el alfabeto...! Le expliqué con modestia a Harmony que el alfabeto era apenas un pasatiempo.

–Es mucho mejor que la basura que hacemos en el colegio –dijo Stuart.

Él quería seguir escuchando, así es que les dije el de la G viene de granos y la C viene de caspa. Ambos

empezaron a hacer como si se estuvieran limpiando la caspa y estrujando los granos.

–Cuidado, que la nieve está resbalosa –dijo Stuart, sacudiéndose una caspa imaginaria.

–¡Vengan, vengan a la feria de los granos! –dijo Harmony.

Me sorprende que una chica como Harmony se comporte de una manera tan infantil. Se supone que ella es una persona inteligente. Siempre saca las mejores notas. Estoy seguro que a Lucy no le habría parecido gracioso. No creo que a las chicas deba parecerles divertido.

*Martes*

He decidido escribir todos los días durante esta semana de vacaciones. Va a ser un buen ejercicio.

Esta mañana hice mis lagartijas y fui a la piscina. ¡Harmony estaba ahí, otra vez! No hay duda: me está acosando. Qué le vamos a hacer: me tocará conformarme.

Subimos a buscar una gaseosa, no porque yo tuviera muchas ganas, sino porque no tenía más alternativa. Además uno no puede ignorar a la gente así no más. Le dije lo de "los ojos en la nuca" y ella dijo que iba a buscar en el diccionario. Luego me contó que había escrito un poema para mi colección de coplillas subidas de tono. Me pasó una copia y está bastante bueno.

*La S es de sarna*
*que te puede dar*
*si estás de malas*

*Me dicen Sara Tomate*

*o en un sucio lugar.*
*Si te hurgas la nariz a todas horas*
*con un lápiz bien grueso*
*el mal aumenta y empeora*
*y más si llegas hasta el hueso.*
*La nariz sarnosa, el cuello sarnoso,*
*igual que tu perro, animal espantoso,*
*cubierto de costras rojas*
*que se desprenden si las mojas.*

–Puedes usarlo, si quieres –me dijo.

Se veía tan emocionada que no tuve más remedio que decirle que lo iba a pensar, aunque en realidad ya tengo un poema para la S. ¡Es un poema que no le puedo decir a Harmony Hynde! No se lo puedo decir a nadie, porque es demasiado personal.

–Es divertido, ¿verdad? –dijo, encantada–. Creo que yo también voy a hacer un alfabeto. A lo mejor pode-mos publicarlos en un solo volumen. *Coplillas picarescas*, por Salvatore D'Amato y Harmony Hynde.

Debo admitir que suena tentador. Me gustaría ver mi nombre en letras de molde.

Harmony me preguntó si mañana iba a la piscina y si le podría enseñar a nadar por debajo del agua. Le dije que no sabía con seguridad si iba a ir. Es muy im-portante no comprometerse demasiado.

*Miércoles*

Finalmente resolví ir a la piscina. Traté de enseñar-le a Harmony a nadar por debajo de agua, pero ella no es muy buena para eso. Lo hace mejor escribiendo poe-

mas. Hoy me pasó otro poema para nuestro libro de coplillas.

*H es de hormigas*
*que te hacen cosquillas.*
*Si se te suben a las piernas*
*verás que no son tan tiernas.*
*Pero la historia es más compleja*
*cuando te llegan hasta la oreja,*
*o peor si entran al cerebro*
*y dejan viendo ceros.*
*Te lo digo: puedes morir loco*
*si se te suben las hormigas al coco.*

Cuando me lo entregó se disculpó, primero, porque era más bien macabro y, segundo, porque no era muy grosero. Para mañana me prometió uno más ordinario.

También me dijo que había buscado en el diccionario la expresión "tener los ojos en la nuca" pero no la había encontrado.

–Pero, ¿sabes qué significa mirar con ojos de cordero degollado?

–No.

–Significa mirar de tal forma que uno parezca pidiendo clemencia.

–¿Cómo así?

–Debe ser algo así –dijo, e hizo una supuesta cara de pedir clemencia.

–O así –e hice otra cara.

*Me dicen Sara Tomate*

Nos sentamos y nos pusimos a mirarnos con ojos de cordero degollado hasta que empezaron a dolernos los músculos de la cara. No me imagino poniendo ojos de ternero degollado con Lucy, ni aunque tuviera que pedirle toneladas de clemencia. Me daría miedo asustarla.

Hoy es el día de San Valentín y mi hermana recibió tres tarjetas. ¿Quién será tan loco para poner los ojos en mi hermana? Yo creo que se las mandaron para burlarse, y ella no se ha dado cuenta.

Lucy no me ha llamado. A lo mejor es muy tímida.

*Jueves*

Harmony está escribiendo poemas como loca. Ya hizo el de la B, la C y la D. La B es de bichos y la D es de dientes y la C... mejor no digo. Debería darle vergüenza. Dice que la E va a ser sólo un poquito pasada de color. ¡Como si fuera la gran cosa! Eso no se hace.

Lucy todavía no ha llamado.

*Viernes*

Todavía no sé nada de Lucy.

Volví a nadar. Harmony ya se hace cinco piscinas. Quiere que le enseñe a nadar de espaldas.

Ha escrito nuevos poemas para las *Coplillas picarescas*. Me propuso que les hiciéramos ilustraciones.

–¿Tú sabes dibujar? –le pregunté.

–No, pero tú sí.

Es cierto. Yo soy bastante bueno para el arte. Es una de mis materias favoritas en el colegio. Arte y literatura. En esas dos saco mis mejores notas. Harmony tam-

bién es buena en literatura, pero las dos de ella son literatura y música.

–Somos personas creativas –dijo.

Yo nunca lo había visto de esa manera.

–Por eso nos llevamos tan bien.

Tampoco se me había ocurrido pensar en eso. ¿Cómo así que nos llevamos tan bien? Espero que no esté insinuándome nada. A ella no le he mandado ninguna tarjeta, ni le he escrito poemas de amor.

¿Habrá recibido Harmony tarjetas de San Valentín? Quizás he debido mandarle una. Nada más como un detalle de amabilidad. No quiero que saque conclusiones equivocadas. Hubiera sido bueno para ella, pues no creo que nadie le haya mandado tarjeta.

Ahora no me cabe duda de que sus calificaciones nunca han estado por debajo de noventa.

Hoy le pregunté por qué venía a nadar tan seguido. Bueno, yo sé la razón (porque me está acosando), pero quería saber con qué excusa iba a salir.

Obviamente tiene una imaginación desbordada. Dijo que lo hacía para superar su pánico de morir ahogada.

–Por eso me parece muy importante aprender a nadar.

Quizá sea verdad. A lo mejor sí le da mucho miedo ahogarse y quiera aprender a nadar, pero también es cierto que me acosa.

Yo le conté sobre mi miedo a que me salga un tumor cerebral.

–La diferencia es que no puedo hacer nada al respecto.

Harmony estuvo de acuerdo.

–También me dan miedo las alturas –añadí.

–Deberías hacer montañismo –me dijo Harmony.

Le contesté que no podía porque me da terror. Con Harmony no me importa reconocer esta clase de cosas. Por supuesto que no lo haría con Lucy. Eso sería terrible para mi imagen.

–Yo entiendo la fobia a las alturas –dijo Harmony–. Algunas personas se ponen todas nerviosas no más con subirse a una silla. Pero, ¿por qué te da miedo que te salga un tumor en el cerebro?

–Es porque una vez leí un artículo sobre una persona que tenía un tumor de esos. ¿Y a ti por qué te da miedo ahogarte?

Harmony me contó que había leído un libro sobre un accidente aéreo. El avión había caído al agua y todos los pasajeros se ahogaron, salvo uno que sabía nadar muy bien.

–Yo leí una vez un libro –dije yo– sobre un accidente aéreo. Sólo que este avión cayó en Los Andes y los sobrevivientes terminaron comiéndose a los que estaban muertos. ¡Qué asco! ¿No te parece?

–Pues no, porque se iban a morir de hambre –dijo Harmony.

–Sí, pero, ¿comer gente?

–¿Por qué no? –dijo Harmony–. Nosotros comemos animales. Matamos animales. Eso sí es un asco.

–¡Pero qué tal que fuera tu abuelita!

–¿Por qué la gente siempre dice lo de la abuelita? –preguntó Harmony.

–Ah, no sabía –dije yo–. ¿Siempre lo dicen?

–Sí, siempre –contestó.

–Bueno, está bien –dije yo–. Entonces suponga-mos que son tu papá y tu mamá.

Harmony reconoció que eso era diferente.

–Entiendo que prefieras morir de hambre antes que comerte a tus padres –dijo Harmony–, pero si te los comieras..., bueno, yo no le veo nada de malo. Quiero decir, si ya están muertos. A lo mejor ellos habrían esta-do de acuerdo con que te los comieras, si fuera la única manera de sobrevivir. Me parece mejor que ir a matar un animal. Eso sí me parece un asco.

–¿Eres vegetariana? –le pregunté.

–Por supuesto –me respondió–. Es la única op-ción civilizada.

Después de eso tuvimos una conversación larga y muy interesante. Algún día, en el futuro, voy a dejar de comer carne, porque es verdad que yo no podría ir y degollar una vaca, que es lo que Harmony me retó a hacer.

–Si no lo puedes hacer, estás actuando de manera hipócrita.

Harmony es una persona interesante. Sin embar-go, no me parece que sus labios sean tan provocativos como los de Lucy. Creo que los labios de Harmony no son *nada* provocativos.

*La L viene de labios*
*suaves y carnosos.*
*Besar los labios de Lucy*
*sería muy sabroso.*

Hablando de labios, acabo de caer en la cuenta de que esta semana sólo he escrito un poema. ¡Tengo que hacer dos! Esa fue la meta que me propuse.

Estaba a punto de irme a la piscina (hoy es sábado) cuando mi hermana me gritó:

–¡Te llama al teléfono una de tus chicas!

¡Era ella! ¡Era ella! ¡Era Lucy!

–Oye, Sara Tomate –me dijo–. Uno no escribe el número del teléfono en una tarjeta de San Valentín.

–¿Cómo supiste que era yo? –le pregunté.

–No soy tonta –me contestó.

–¿Te mandaron muchas tarjetas?

–No te lo voy a decir.

De seguro le mandaron varias. ¡Pero sabía cuál era la mía!

–Sólo te llamé para decirte –me dijo– que si quieres podemos encontrarnos en el centro comercial y me puedes comprar una gaseosa.

¡Qué emoción! ¡Estoy que no quepo en la ropa de la dicha! No podía creer que ella me estuviera invitando a salir.

Rápidamente, me fui a guardar las cosas de la piscina y le robé a mi hermana otro poco de su espuma limpiadora. Luego me fui como un rayo al centro comercial. Mientras esperaba a Lucy empecé a pensar en los temas sobre los que podríamos hablar, para no quedar como un tonto y no tener nada que decirle. Sin embargo, cuando llegó parecía que se me hubieran comido la lengua los ratones.

¡Hey, a propósito: esa es otra figura retórica! Se me comieron la lengua los ratones.

Cuando fuimos a comprar las gaseosas todavía no se me ocurría qué decirle. No tenía la menor idea sobre qué hablarle. Ya me estaba empezando a poner nervioso, porque me daba miedo que mi lengua se soltara a hablar sola y le preguntara a Lucy algo así como: "¿Cuál es tu tamaño de copa?"

He oído decir que esas cosas pasan. Es como cuando uno oye a la gente que va por la calle gritando groserías. Se llama síndrome de Tourette. Es una enfermedad que consiste en que la persona no puede parar de decir groserías. De hecho, creo que mi hermana la padece, porque se la pasa diciendo palabras como pervertido y otras que fácilmente podrían llevarla a la cárcel. Me preocupa que la enfermedad sea hereditaria, porque eso significaría que a mí me podría dar en cualquier momento.

–Estás muy callado –me dijo Lucy.

–Ah, es que soy un hombre reconcentrado –respondí.

–¿Ah, sí? –comenzó Lucy, y luego preguntó–: ¿Has vuelto a escribir poemas?

Sentí tanto alivio de haber encontrado un tema para hablar que le solté lo de "la F viene de flema" sin darme cuenta cómo.

Lucy chilló:

–No seas ordinario, Sara Tomate.

Yo sabía que no le iba a parecer gracioso. No he debido contarle. No sé por qué lo hice. Debe ser que me está comenzando el síndrome de Tourette.

–¿No se te ocurre un tema menos vulgar? –dijo.

–Te puedo contar sobre un libro que leí –le contesté.

–¿Qué libro?

–Es la historia de un accidente aéreo.

–¿Y qué pasaba?

–Que algunas personas se morían y otras sobrevi-

vían. Las que quedaron vivas se tuvieron que comer a las otras.

–¿Se las comieron? ¡Qué horror! –chilló Lucy.

–Estaban a punto de morir de hambre –expliqué.

–¡Pero eso no es excusa! Comer carne humana... ¡aghhh!

–Nosotros comemos animales –dije.

–Sí, pero eso es diferente –dijo Lucy.

–¿Por qué? –pregunté.

–Porque sí. No seas estúpido.

No nos quedó mucho tema para hablar después de eso, así es que la acompañé hasta su casa. Sin embargo, no todo fue perdido porque casi logro besarla. Le rocé la mejilla con mis labios. Creo que si hubiera sido más decidido ella me habría dejado besarla en la boca. Me dijo que me largara, pero no me golpeó ni nada. Yo creo que le gusto. Allá en el fondo.

Me pasé toda la tarde escribiendo un poema sobre la mejilla de Lucy.

*Poema a la mejilla de Lucy*

*Tus mejillas redondeadas*
*como pompas de jabón*
*son mucho más que una tentación:*
*son toda una monada.*
*Los hoyuelos, dan ganas de apretarlos*
*dibujados en tu suave piel de seda.*
*No como otros, que no quieres ni rozarlos,*

*pero los tuyos, los busco cuando pueda.*
*¡Oh, Lucy! Qué mejillas más hermosas tienes.*
*Si supieras lo que siento cuando vienes...*

No sé si entregárselo o no. Cuando llegué a casa, mi hermana me dijo que mi otra novia había telefoneado.

–¿Cuántas tienes, pervertido? ¿Todo un harén?

–Ella no es mi novia –le dije–. Es una colega de la biblioteca.

–Parecía tu novia –dijo Isa–. Te llamó desde la piscina. Al parecer creía que tú te ibas a encontrar allá con ella.

Yo jamás dije que me iba a encontrar con ella. Puede que haya pensado que yo dije eso, pero no fue así. Lo único que dije fue: "Nos vemos". Nos vemos puede significar cualquier cosa. Puede significar nos vemos mañana, o nos vemos la semana entrante, o nos vemos algún día. No quería decir necesariamente que nos viéramos hoy. La gente no se debe tomar las cosas tan a pecho.

No sé si deba llamarla. Ah, pero no me dejó el número. Supongo que podría buscar en el directorio, pero debe haber montones de gente con el mismo apellido de ella. ¿Cómo voy a saber cuál es?

Ha debido dejarme el teléfono si quería que yo la llamara.

Mañana voy a hacer unos cuantos dibujos para ilustrar mis poemas. Los voy a llevar para mostrárselos a Harmony: se va a poner contenta con eso.

*Jean Ure*

Hoy mamá dijo que no sé quién era más raro que un perro con dos colas.

*M es de muelas*
*tan cariadas que te inflan los carrillos*
*y aunque hagas todo para que no duela*
*parece que te cortaran con un cuchillo.*

El lunes le recité este poema a Harmony en la biblioteca, a la hora del almuerzo, pero lo primero que hice fue pedirle disculpas por no haber ido el sábado a la piscina.

–No sabía que me estabas esperando –le dije–. Y no te pude llamar porque no me dejaste tu número. Si lo hubiera tenido..

–No tienes que disculparte –dijo Harmony–. Entiendo perfectamente.

No sé qué quiso decir con esa respuesta. ¿Acaso quiso decir que comprendía que yo no tuviera su número telefónico? ¿O tal vez quiso decir que comprendía que algunas chicas arrebatan nuestras hormonas y otras simplemente nos gustan para tener conversaciones intelectuales?

Sentí un poco de pesar por ella. Me la imaginé esperándome en la piscina durante largos minutos, sin que yo apareciera por ninguna parte. No fue mi culpa, pero no me gustaba verla tan abatida.

También pensé que quizá había sido innecesariamente brusco con ella. No me costaba nada buscar su apellido en el directorio: finalmente no creo que haya tantos Hyndes. Entonces, para levantarle un poco el ánimo, le mostré los dibujos que hice para ilustrar nuestro libro y le dije que también iba a hacer algunos para los poemas de ella. Luego le mostré lo que había escrito para la M. Al parecer le gustó. Me dijo que había escrito otro.

–Este también va para nuestro libro de coplillas.

*E viene de elástico, para sostener los calzones.*
*Si se suelta, ¡Dios me valga!*
*sin importar de qué manera te los pones,*
*te quedarán al aire las nalgas.*

–¡Oye! –exclamé–. ¡Es muy bueno!

No lo dije sólo por decir. ¡De verdad me había gustado! Sin embargo, me parece que ella no me creyó. Puso otra vez cara de desilusión y dijo:

–Es puro ripio.

–No, es divertido.

–¿De verdad te parece bueno? –me preguntó.

–Está súper –dije–. Quedará muy bien en el libro.

–Mmm... creo que el segundo verso no está tan malo.

Harmony es demasiado crítica con su propio trabajo.

Hoy es viernes, y de camino a casa me encontré con Lucy en la parada del bus.

–¿Dónde está Sharleen? –le pregunté.

–¿Qué te importa? –me contestó–. Donde el dentista.

Después de este breve intercambio, el silencio cayó sobre nosotros como un manto pesado. Luego, tuve un acceso de mi síndrome de Tourette. De buenas a primeras me vi a mí mismo diciéndole a Lucy el poema de la M, que obviamente a ella no le pareció nada gracioso.

Traté de explicarle mejor, pero no hubo manera.

–Te encantan las vulgaridades.

–No –le dije–. No son vulgaridades. Es una tradición muy conocida: se llaman "coplillas picarescas".

Esa idea se la copié a Harmony, y luego añadí:

–Es como esas postales que uno consigue a veces en la playa, de señoras gordas en traje de baño. No son vulgares.

–Claro que sí –replicó Lucy–. Son muy desagradables.

–Bueno, en todo caso, muchos escritores lo hacen.

–¿Hacen qué? –preguntó Lucy.

–Escriben coplillas picarescas. No tiene nada de malo.

Por alguna razón que no entiendo, le dije a Lucy el poema del elástico. Creo que mi síndrome de Tourette se está desarrollando bastante rápido.

–¿Siempre tienes que ser tan ordinario? –me dijo Lucy–. Tienes una mente retorcida.

Me apresuré a explicarle que ese poema no era mío.

–Lo escribió Harmony Hynde.

–¡Ah! –dijo, como si eso lo explicara todo.

No sé qué tiene en contra de Harmony. A lo mejor le tiene envidia porque es inteligente. Me he dado cuenta de que a la gente no siempre le caen bien las personas inteligentes. ¡Pero Harmony no lo puede evitar! Está en sus genes.

Le pregunté a Lucy si le gustaría que nos encontráramos mañana por la mañana en el centro comercial.

–Te puedo comprar otra gaseosa –le ofrecí.

–Mmm... –dijo Lucy, arrugando la nariz. Me mata cuando hace eso.

–Te puedo invitar a comer algo –seguí diciendo.

–Déjame pensarlo.

–¿Cuánto vas a pensarlo?

–No sé. Hasta cuando me decida. Pero no quiero quedarme esperando junto al reloj otra vez.

¡Yo nunca la ha dejado esperando! La primera vez no me estaba esperando a mí sino a Sharleen.

–También nos podemos encontrar en la biblioteca –le dije.

–¿En la biblioteca? ¿Y qué hay ahí?

–Pues... libros –dije–. Y hay un lugar para comer.

–En el centro comercial hay montones de lugares para comer. ¿Para qué quieres ir a la biblioteca?

Le expliqué que quería ir a ver si tenían libros del escritor que iba a ir al colegio a hablarnos: Jason Trees.

–¿Te los vas a a leer? –preguntó Lucy.

–No sé, pensé que a lo mejor era buena idea, aprovechando que va a ir.

Lucy inclinó la cabeza hacia un lado y dijo:

–Yo quedé hasta el cogote con uno solo.

Se refería al libro que habíamos leído en clase de literatura, con el profesor Mounsey. A mí, en cambio, me pareció interesante, pero no quise seguir con esa conversación para no hacerla sentir mal.

–Entonces, ¿vas a ir? –le pregunté a Lucy.

–Ya te dije que lo iba a pensar –me contestó.

–Llámame, ¿vale?

Lucy anotó mi teléfono. Quizá me llame mañana.

*N es de nudista.*
*¡Me imagino a Lucy en esas playas!*
*Igual que en las revistas,*
*nadando como una mantarraya.*

Esperé todo lo que pude, pero Lucy nunca llamó. Entonces decidí ir a esperarla a la biblioteca. A lo mejor olvidó que habíamos quedado en que ella me llamaba.

Esperé casi una hora, pero cuando dieron las once en el reloj del centro comercial, comprendí que ya no vendría.

Lo que yo me imagino es que Lucy no quiso estar a solas comigo, pensando que tal vez yo iba a intentar besarla otra vez. Creo que el sábado pasado se me fue la mano: estuve muy osado. No he debido hacer lo que hice. Sin embargo, esta vez sí le había llevado mi "Poema a la mejilla de Lucy" y me habría gustado entregárselo. Yo sé que a ella le gusta mi poesía: mi *verdadera* poesía. No las coplas ordinarias. ¡Eso demuestra que tiene buen gusto!

Cuando fui a la sección de literatura juvenil a buscar más libros de Jason Trees, me encontré a Harmony. Ella también estaba buscando libros de él. Sólo tenían dos, así que tomamos uno cada uno. Harmony me dijo que tenía muchas ganas de escucharlo, porque nunca antes había conocido a un escritor de verdad. Yo tampoco.

–A lo mejor nos puede ayudar a que nos publiquen nuestro libro –dijo Harmony.

Me contó que estaba escribiendo más coplillas picarescas, pero que todavía no las había terminado.

–¿Por dónde vas tú? –me preguntó.

Le conté que iba por la N, y ella inmediatamente quiso saber cómo eran mis versos de la N.

–Hem... no estoy muy seguro –le dije. ¡No le podía contar sobre la playa nudista con Lucy!

–Yo pensé en nudista –dijo ella.

–Sí, nudista estaría bien.

–No es la misma tuya, ¿verdad? –preguntó Harmony–. No quiero que tengamos dos iguales.

–No, no te preocupes –la tranquilicé.
–¿Cuál es tu palabra?
–Nalgas –le dije para salir del paso.
–Ah...

De repente caí en la cuenta: si publicáramos nuestro libro, tendría que revisar todos mis poemas y quitar las referencias a Lucy. Tendría que pensar en un nombre ficticio.

Harmony me preguntó si iba a ir al centro comercial.

–Sí, tal vez –le dije. No se me ocurrió otra respuesta.

–¿Qué haces, por lo general, cuando vas al centro comercial? –preguntó–. ¿Sólo miras almacenes?

–En realidad sólo voy al almacén deportivo –dije.

–Entonces, ¿qué haces?

–Bueno, pues...

Le conté lo del juego de ir al estacionamiento y hacer disparar las alarmas de los autos.

–Es un juego que nos inventamos.

–¿Que "nos"inventamos? ¿Quiénes?

–El Pote y yo.

–¿Y no les da miedo que los agarren?

–Sí, pero eso hace parte de la diversión.

–A mí me daría miedo –dijo Harmony, y luego añadió–: ¡Tengo una idea! Es un juego que me acabo de inventar. ¿Quieres saber qué es?

El juego de Harmony consistía en acercársele a alguien y hacerle una pregunta, con acento extranjero, sin reírse. Si uno se reía, perdía un punto.

–El que más puntos pierda tiene que comprarle una gaseosa al otro. ¿Jugamos?

¿Qué más daba? De todas formas, no tenía nada distinto que hacer.

–Tú primero –dijo Harmony.

–¿Y yo por qué? –dije.

–Porque yo digo –respondió Harmony. A veces se pone muy mandona–. Te reto a que te le acerques a alguien y le preguntes, con acento francés, dónde queda el baño.

Eso me daba más miedo que hacer disparar las alarmas de los autos.

–A ver, andando –dijo Harmony.

Reuní ánimos y me le acerqué a un tipo con cara de *nerd* y le dije:

–Excusemé, señog, ¿dónde quedagán los bañós?

–Los bañós paga hombgues –añadió Harmony.

No sé si lo hizo para ayudarme o para hacerme reír. ¡Yo, en todo caso, no me reí!

Ni siquiera me reí cuando el tipo dijo que no me podía ayudar porque era extranjero. ¡Harmony sí se rió! Le dije que había perdido un punto, pero ella dijo que no se valía cuando el que se reía era el otro. Tenía que ser la persona que hacía la pregunta. A mí me pareció que eso era trampa, pero Harmony dijo que como ella se había inventado el juego, era ella la que imponía las reglas.

–Está bien –le dije–. Entonces te reto a que le preguntes a alguien dónde hay un almacén de telas, ¡con acento japonés!

–¡Listo! –dijo Harmony–. Un armacén de teras.

Uno nunca se imaginaría que Harmony es del tipo de personas a las que les gustan esos juegos. Uno diría que ella es seria y solemne, pero al conocerla mejor uno se da cuenta de que es graciosa.

Recorrimos el centro comercial preguntándole a la gente toda clase de cosas con diferentes acentos extranjeros. Cuando ya no se nos ocurrió ningún otro acento empezamos a hablar como campesinos. Al final ya me estaba dando hambre, así es que reté a Harmony a que comprara paletas haciendo el acento más raro que pudiera.

Harmony se fue dando saltitos hasta la ventanilla donde vendían las paletas y empezó:

–Pue fabé, una pagleta de fiesa paa mú y una de bibón paa ég.

Lo que sucedió a continuación fue totalmente inesperado. Por la ventanilla de las paletas salió una cabeza como un resorte y una chica exclamó:

–¡Harmoy Hynde! ¿Estás borracha?

Era una chica del colegio, de las de último año. Por fortuna no me reconoció a mí, pero a Harmony sí porque (según me contó después) vivían en la misma calle.

Harmony se sorprendió mucho y dijo: "Agh"; luego se me vino encima, muerta de la risa. Tuve que abrazarla para que no se cayera al suelo. Definitivamente creo que no alcanza a ser talla A. En todo caso, se sentía agradable. ¡Me habría gustado, eso sí, que fuera Lucy!

Cuando nos estábamos comiendo nuestras pale-

tas, apareció de repente Lucy. (Las paletas las compró Harmony, con su tono de voz normal, pues había perdido muchísimos más puntos que yo. Ella se ríe mucho. En eso es como todas las demás chicas.)

Lucy estaba con Sharleen. Estaban cogidas del brazo, como siempre.

–No tardaste mucho tiempo en encontrar a otra persona, ¿verdad? –dijo Lucy.

–Típico de los chicos –dijo Sharleen en tono de desprecio, y ambas dieron media vuelta y se fueron.

Yo estaba mortificado (me parece que esa es la palabra correcta). Sentí que Lucy nunca me perdonaría. Sin embargo, después de eso tuve tiempo para reflexionar y pienso que quizás fue bueno que ella me viera con otro chica, aunque sólo fuera Harmony. ¡Eso le hará sentir miedo de perderme!

Ya está decidido: le voy a entregar el poema. *Poema a la mejilla de Lucy*. La cuestión es encontrar el momento adecuado.

Cuando Lucy y Sharleen se fueron, Harmony me preguntó:

–¿Te gusta?

¿Que si me gusta Lucy? ¡Me encanta! ¡Me enloquece! ¡Me trastorna!

–A todos los chicos les gusta –dijo Harmony.

Sonaba realmente nostálgica. Me dio un poco de pesar por ella, como el otro día, pues nos habíamos divertido mucho con lo de los acentos y todo eso. Tal vez debería escribirle un poema. Algo inteligente. Algo que a ella le gustara.

Antes de despedirnos me dijo:

–¿Cómo te parece la expresión "tiene más orejas que una convención de músicos"?

Una nueva figura retórica, parece.

*O viene de osadía,*
*como decir cosas atrevidas.*
*Son palabras y versos que me gusta componer.*
*Si mis coplillas picarescas pudiera leer,*
*un día que viniera a espiar*
*"¡Qué osadía la tuya!" diría mi mamá.*
*Mis poemas le parecerían una barbaridad.*

Mamá no me espía, y nunca va a leer mis coplillas picarescas. Creo que se desmayaría si viera algunas de las cosas que he escrito. Por eso guardo este libro bajo llave. Me pregunto dónde guardará Harmony el de ella.

*Jean Ure*

Cuando lo publique las cosas van a ser diferentes, porque ya seré un escritor. A nadie le preocupa si los escritores usan un lenguaje atrevido o si tienen pensamientos extraños.

Esta mañana fue Jason Trees a hablarnos al colegio. Cuando entré al salón, me sorprendió verlo subido en un banquito. Es bastante viejo y achacoso. Tenía puesta una chaqueta raída y unos jeans desteñidos, con las rodillas sopladas y las botas todas deshilachadas.

Yo me imaginaba que un escritor debía ser rico y elegante, pero no me parece que Jason Trees sea muy rico, pues dijo que había tenido que venirse en tren porque se le había averiado el auto. Con una voz triste y sepulcral, dijo:

–No es un medio de transporte muy confiable... es una antigüedad, como yo.

Jason Trees es una persona bastante lúgubre. Comenzó preguntándonos, en un tono de voz no muy entusiasta, a cuántos de nosotros nos gustaba la lectura. Yo levanté la mano de inmediato, y Harmony también. El Pote levantó el brazo como a media asta. Otras tres chicas también alzaron la mano, pero creo que lo hicieron para ganar puntos con los profesores, porque yo nunca las he visto en la biblioteca.

Luego, Jason Trees preguntó que a quién *no* le gustaba leer. No me pareció muy astuto de su parte. Se produjo un largo silencio y hubos muchas miradas de soslayo hacia el lugar donde estaban sentados los profesores.

–No tengan miedo de decir la verdad –dijo el señor Trees–. Me parece que ya están abolidos los castigos físicos.

Harmony y yo nos reímos. Los profesores también. Unas dos o tres personas soltaron unas risitas nerviosas, pero creo que la mayoría no entendió el chiste.

–Sean honestos –dijo este pobre escritor imprudente. ¡Qué loco! Realmente se estaba metiendo en la boca del lobo–. ¿A cuántos de ustedes sencillamente no les gusta leer?

¡Caray! No se podían contar las manos. Kelvin Clegg las levantó ambas, y Stuart Sprague gritó que odiaba leer.

–¡Odio la lectura! –dijo–. ¡Odio la lectura!

El pobre Jason Trees se veía bastante sorprendido.

–¡Bueno! –dijo. Se quitó los anteojos y se agarró con dos dedos el puente de la nariz.

Todos los profesores miraban con cara de circunstancia. Sus ojos parecían rayos láser, listos para identificar a los chicos que forman alboroto.

–¡Bueno, quién me manda! –dijo Jason Trees.

Kelvin Clegg dijo con su voz ronca de neandertal que estaba de acuerdo. El profesor Mounsey lo señaló con un dedo amenazador.

El señor Trees nos dijo que afortunadamente él era una persona que esperaba poco de la vida.

–Por naturaleza, no soy propiamente lo que llamaríamos un optimista –dijo–. He recibido unos cuantos bofetones de la fortuna. Mi lema es *nil esperandum*.

Harmony, yo y algunos profesores nos volvimos a reír. Era obvio que el pobre hombre estaba haciendo un chiste, así es que me reí por cortesía. (Harmony me explicó después: *nil desperandum*: nunca desesperar. *Nil esperandum*: nunca esperar. ¡Esta chica sabe de todo!)

En todo caso, el pobre Jason Trees se puso a contarnos cómo había escrito el libro que nos habían puesto a leer en clase de literatura. Debo confesar que no es el conferencista más motivador de la tierra, porque habla entre dientes y se come las palabras. Además, a cada rato se detiene a limpiarse la frente y a tomar agua. Claro que tampoco es que sea aburrido. O sea, si uno se toma la molestia de prestarle atención, puede ver que dice cosas interesantes. Lo malo es que nadie le prestaba atención. Sólo Harmony y yo.

Kelvin Clegg comenzó a formar una pelea y lo tuvieron que sacar. Stuart Sprague se quedó dormido. Algunas chicas se reían por lo bajo. Me dio mucha lástima con el señor Trees. A lo mejor creyó que se estaban burlando de él y se preguntaría si tendría un moco en la nariz, o si tendría rotos los zapatos, o algo por el estilo. Yo me habría sentido así, si hubiera estado en su lugar.

Al final, el señor Trees quiso saber si alguien tenía preguntas. Harmony le dijo que ella quería saber cómo se publicaba un libro.

–Con mucha dificultad, mi estimada señorita, con mucha dificultad –respondió él.

Dijo que se necesitaba tener una buena coraza y no echarse a llorar cada vez que un editor te rechazara un libro.

–Maldice, maldice todo lo que quieras, pero luego levántate y sigue adelante.

El Pote me susurró al oído:

–Le voy a preguntar algo.

Quería saber cuánto dinero ganaba un escritor. Cuando hizo la pregunta, vi al profesor Mounsey mirando hacia el cielo y supe que le iba a decir algo al Pote después.

–Esas cosas son importantes –me explicó el Pote.

En todo caso, el señor Trees nos contó que los escritores no ganan suficiente como para vivir de lo que escriben.

–Es un oficio muy mal pagado. Si quieren ser escritores, aténganse a las consecuencias. ¿Más preguntas?

Jason Trees nos miró por encima de los anteojos y en la sala se produjo un silencio terrible. Algunas personas empezaron a mirar el reloj. Yo no quería que sintiera que su visita no valía la pena, así es que levanté la mano y dije:

–Yo estoy escribiendo una novela.

Mucha gente gruñó en señal de disgusto, pero yo sé que al señor Trees le gustó, porque me dijo:

–¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata? Apuesto a que es una historia de suspenso.

–Bueno, en realidad es sobre la vida interior de una cucaracha –le dije–. Puedo contarle cómo empieza, si quiere. "Soy una cucaracha. Vivo en lugares oscuros, rehuyendo la luz. Soy una criatura humilde, vilipendiada por todos".

Vilipendiar es una buena palabra. Espero que el profesor Mounsey estuviera escuchando. Él siempre está diciendo que debemos ampliar nuestro vocabulario.

Le conté al señor Trees toda la historia de *Cucaracha*. Bueno, casi toda. Ya casi iba llegando a la parte en que aparecen los exterminadores con sus armas letales, cuando el señor Mounsey me interrumpió.

–La historia es fascinante, Salvatore, pero creo que ya es hora de despedirnos.

Es una lástima que me haya interrumpido, porque lo que sigue sí es realmente emocionante.

El señor Trees me agradeció con mucha profusión. Dijo que le gustaría mucho leer el libro cuando estuviera terminado.

¡Ya casi lo termino! Esta noche le doy las últimas puntadas y le mando una copia.

Cuando empecé a relatar mi historia de la cucaracha, Lucy se dio la vuelta en su silla y me miraba con incredulidad. Eso me pareció muy estimulante. Al mediodía, en el comedor, logré darme mañas para quedar detrás de ella en la fila.

–Miren a quién tenemos aquí –dijo–. El señor Cucaracha en persona.

Le dije que tenía algo para ella.

–¿Y ahora qué es? –me dijo.

Le pasé el sobre sellado donde había metido el poema y le dije en voz baja:

–Léelo cuando estés a solas.

–¿Nada más? –gritó Lucy.

¡Creo que la dejé muy impresionada!

*La P viene de patética,*
*como las caras llenas de granos,*
*horribles si los estrujas con las manos.*
*Un grano en las posaderas es una tortura,*
*pero en la nariz la cosa no es menos dura.*
*Los granos también pueden ser divertidos*
*cuando los estallas haciendo un sonido.*
*Para sacártelos, he aquí las instrucciones:*
*los estrujas, los apretas, los compones.*
*Luego presionas un poco y brinca la cabeza,*
*o vuela lejos si haces demasiada fuerza.*
*En cualquier caso, deshacerse de la putrefacción*
*produce una enorme y total satisfacción.*

He llegado a la conclusión de que la única satisfacción a la que puedo aspirar es estrujarme los granos. Mi vida es un desastre. Le pregunté a Lucy si quería que nos encontráramos este sábado, en cualquier lugar que ella escogiera.

–Piérdete, Tomate. No te quiero cerca de mí. No me contamines el aire.

Me dijo que ya la tenía harta, persiguiéndola a todas horas. Me dijo que yo era un imbécil engreído, con "esa carreta estúpida y monótona sobre cucarachas", y que si creía que era poético decir que dan ganas de apretar los hoyuelos de alguien, debía estar totalmente chalado.

–Mira, ¿por qué no nos haces un favor a todos? –me dijo–. ¿Por qué no abres un hueco en la tierra y te quedas ahí?

Luego dio media vuelta, indignada, y me dijo por encima del hombro:

–¡Cucaracha!

No entiendo por qué se puso así. ¿Qué tiene de malo apretar unos hoyuelos? Supuse que ella entendería que se trataba de un cumplido.

Además, ¿por qué me llamó engreído? ¿Sólo porque le dije a Jason Trees que estoy escribiendo *Soy una cucaracha*? No entiendo nada.

Obviamente me falta mucho trecho por recorrer para desentrañar el misterio del sexo opuesto. Lo que sí sé es que el camino del amor verdadero siempre está lleno de obstáculos, así es que no que debo desesperarme.

O a lo mejor todo esto significa que le fascino a Lucy y que la tengo loca, pero le da miedo comprometerse. Debo tenerle paciencia.

Entre tanto, voy a continuar con mis intereses intelectuales. Por ejemplo, ya acabé *Soy una cucaracha.* Las últimas palabras del libro son las mismas que las del principio:

*Soy una cucaracha. Vivo en lugares oscuros, rehuyendo la luz. Soy una criatura humilde, vilipendiada por todos.*

Lo hice deliberadamente, para que el lector sienta que se cierra un ciclo. (Creo que debería decir el lector o la lectora, para que Harmony no diga que estoy siendo machista.)

¡Eso sería genial! ¡Un libro circular!

Le envié una copia a Jason Trees (Harmony y yo le pedimos la dirección) y se la mandé junto con una carta que decía:

Estimado señor Trees:

Disfruté mucho su visita a nuestro colegio esta semana y siento que aprendí mucho con ella.

Las cosas que aprendí principalmente son: a) que un escritor no debe ponerse a llorar si un editor no quiere publicarle un libro; b) que los escritores no ganan mucho dinero y c) el que quiera ser escritor debe atenerse a las consecuencias.

He pensado mucho en este último punto, pero me parece que en esta vida debemos estar preparados para correr riesgos y he decidido que quiero ser escritor.

Le estoy enviando una copia de mi libro *Soy*

*una cucaracha*, sobre el cual le hablé. Le agradecería enormemente si lo leyera y me diera su opinión. Si le parece bueno, ¿por favor podría darme el nombre de algunos editores?

Esperando una respuesta, lo saludo cordialmente,

(firmado) Salvatore d'Amato

P.S. Sé que usted debe estar muy ocupado escribiendo sus propios libros, pero quiero decirle que su charla me inspiró tremendamente.

Este último pedazo no era estrictamente cierto, pero lo puse porque me pareció importante darle todos los ánimos que pudiera. Fue muy valiente de su parte ponerse a hablar sobre libros ante un público de gente como Kelvin Clegg, aunque supongo que no tenía más alternativa, pues a lo mejor necesitaba el dinero para poder reparar el auto. Antes de irse lo escuché preguntándole al profesor Mounsey, con tono de preocupación, si ya estaba listo el cheque. Espero que sí. Creo que se lo merece.

Harmony me dijo que también le había escrito al señor Trees. ¡Y también le envió un libro!

–Es sobre la gran muralla china en el siglo V –me dijo–. Hasta ahora he escrito cincuenta páginas. Creo que me van a salir más de quinientas en total.

Me dejó boquiabierto. ¡*Soy una cucaracha* sólo tiene cuarenta y seis! Le dije eso a Harmony y ella me dijo:

–Sí, es una novela corta.

A mí no me pareció corta mientras la estaba escribiendo. ¡Espero que no sea demasiado corta!

*Me dicen Sara Tomate*

Además de terminar *Soy una cucaracha* y escribirle a Jason Trees, empecé a escribirle un poema a Harmony.

*Harmony, mi colega estudiosa,*
*tu mente es maravillosa.*

Ahí voy. Tengo que agregarle más versos, a medida que se me ocurran nuevas ideas. Estoy esperando que me llegue la inspiración.

Tengo otra figura retórica: Estoy en la luna.

*La Q es la letra para queso*
*pero no se me ocurre nada más que eso.*

Me encontré con Harmony en la biblioteca. Los dos habíamos ido a devolver el libro de Jason Trees.

–No se me ocurre nada para la Q –le dije–. ¿Y a ti?

Me dijo que todavía no había llegado a la Q.

–¿Por qué no vamos a tomarnos una gaseosa y pensamos en eso? –me preguntó, y luego añadió–: A menos que vayas a encontrarte con Lucy.

Durante un breve instante sentí que se me ponían rojas las mejillas. ¡Si Harmony percibe que entre Lucy y yo hay algo, lo mismo debe pasarle a otra gente! Pero luego recordé que Lucy me había dicho que abriera un hueco en la tierra y me quedara allí y le dije, con tristeza:

–No, no nos vamos a encontrar.

Fuimos a la cafetería que queda en la biblioteca y le compré a Harmony una gaseosa. Luego nos pusimos a charlar. Le conté sobre mi hermana y su síndrome de Tourette, y de lo preocupado que yo estaba, pensando que me diera a mí también.

–¿El síndrome de Tourette es esa cosa cuando la gente no puede evitar decir groserías? –preguntó Harmony.

–Exacto –le dije–. Las groserías se te salen sin que tú puedas evitarlo.

–¿Y qué es lo que te preocupa? –dijo Harmony–. Parece divertido.

Me contó que en la calle donde ella vive hay una viejita, muy respetable, que les grita palabrotas a los conductores cuando se le atraviesan en el camino.

–Yo voy a ser igual cuando sea vieja –dijo Harmony.

–Cuando uno es viejo ya no hay problema –dije–. Lo grave es cuando uno es joven y lo regañan.

–Eso es verdad –dijo Harmony.

Luego le conté que odiaba mi nombre. Le dije que los padres podían hacerles mucho daño a los hijos sin siquiera darse cuenta.

–Han debido imaginarse que la gente me iba a decir Sara Tomate.

–¡Bueno, pero imagínate lo que puede ser llamarse Harmony!

Nunca había pensado en eso. Harmony me dijo que sus padres estaban seriamente desequilibrados. Me dijo que tenía dos hemanas, una menor que ella, llamada Viola, y otra mayor, llamada Melody.

–Nos pusieron esos nombres porque son unos fanáticos de la música.

Me explicó que todos en la familia tocan algún instrumento. La mamá toca el cello, el papá toca el clarinete, Viola toca la viola, Melody toca el piano y Harmony toca el violín.

–Francamente, es una cacofonía total –dijo Harmony.

–¿Qué nombre te habrían puesto si hubieras sido niño?

–¡Quién sabe! Tambor, o Fagot quizás.

–Qué crimen –dije–. Deberían prohibir eso.

–¿Sabes que una vez una pareja le puso a su hijo Aristarco? –me dijo Harmony.

–¿Aristarco? –dije, y los dos nos atacamos de la risa.

–¡Aristarco Hynde!

–¡Aristarco d'Amato!

–¿Ves? Habría podido ser peor –dijo Harmony, y luego–: Ya se me ocurrió algo para la Q. Qué te parece:

*Q es de quicio,*

*que rima con vicio.*

O también:

*Q es de quena,*
*que rima con obscena,*

O:

*Q es de quiosco,*
*que rima con mosco.*

Es increíble la cantidad de cosas que se le ocurren.

–A mí no se me pasaba ninguna palabra por la mente –le dije.

–Bueno, tampoco es que haya muchas –dijo Harmony–. La Q no es una letra muy apta para coplillas picarescas.

Luego, con toda la tranquilidad del mundo me dijo:

–¡A propósito! Te compré un regalo. ¡Toma!

Diciendo esto, me pasó un sobre de papel marrón, un poco viejo. ¡Dentro del sobre había nada más ni nada menos que un diccionario de expresiones idiomáticas y figuras retóricas! Mi sorpresa fue mayúscula.

–Lo único malo es que es de segunda mano –me dijo–, pero pensé que te podría gustar.

–¡Es genial!

Era cierto. A mí me gusta mucho consultar los diccionarios. Este, en particular, es lo que el profesor Mounsey llamaría "una mina de información". En la primera página,

Harmony había escrito: "Para Salvatore, con cariño, de Harmony". Vi la dedicatoria nada más al llegar a casa.

–Esperaba encontrarme contigo para entregártelo –dijo Harmony.

–¡Uff, Harmony, muchas gracias! –le dije, y ella puso cara de contenta. Luego le dije que le tenía también un regalo.

–Lo que pasa es que no lo he terminado aún... Es un poema que te estoy escribiendo.

–¿A mí? –exclamó Harmony, y las mejillas se le pusieron ligeramente rosadas. Se veía bonita así. ¡Claro que nunca tan bella como Lucy!

*Lucy, radiante como el día,*
*¿cuándo serás, por fin, mía?*

¡No puedo dejar de pensar en ella! Mis hormonas están en un desorden total. Me las imagino como unas cosas redondas, engreídas, con patitas, corriendo como locas por mi torrente sanguíneo.

Harmony quiso saber qué clase de poema le estaba escribiendo.

–No es vulgar, ¿verdad? –preguntó.

–No, claro que no –le dije.

–¿Es divertido?

–No. Es serio –respondí, y luego añadí rápidamente, para que no fuera a pensar otra cosa–: pero no es nada profundo.

–Quieres decir que no es un poema de amor –dijo Harmony.

–Hem... no –dije.

–No te preocupes –dijo Harmony–. Yo no esperaría que tú me escribieras un poema de amor. Quizás eso sería algo que harías con Lucy.

Cuando mencionó el nombre de Lucy, todas mis hormonas se me fueron a los cachetes y parecía que se me quiseran salir por los poros. ¡Sentía que se me incendiaba la cara! Harmony me miró con una sonrisa cómplice.

–¿Duele? –me preguntó.

–¿Duele? ¿Qué cosa? –dije.

–Estar enamorado.

Lo único que atiné a decir fue:

–Yo n–n–n...

Harmony apoyó el codo en la mesa y se puso la barbilla en la mano.

–Cuéntame qué se siente –me dijo.

–No p–p–p... –empecé.

–Sí puedes –me dijo–. Puedes decirme lo que sea. Somos amigos.

–P–p–p...

–Respira profundo –me dijo Harmony–. ¿Qué pasó?

–M–m–me dijo q–q–que no me quería... c–c–cerca de ella.

–¿Y tú crees que no le gustas? –me preguntó Harmony.

–P–p–pues no sé. ¿Q–q–que opinarías tú s–s–si alguien te dice que no t–t–te quiere c–c–cerca?

–Depende de quién lo diga –dijo Harmony–. Puede ser que esté loca por ti, pero que te dijo eso para encender tu pasión.

–¿Tú crees? –dije. No quería sonar demasiado interesado, ¡pero eso era exactamente lo mismo que yo estaba pensando!

–Podría ser –me dijo Harmony–. No es seguro, pero es bastante probable.

La cosa es, entonces, ¿cómo hacer para estar seguro?

Enseguida, Harmony afirmó en un tono de voz bastante neutro y tranquilo:

–No creo que yo haga encender la pasión de nadie.

–¿Por qué no? –pregunté.

–En primer lugar, los anteojos –dijo–. En segundo lugar, los dientes. En tercer lugar, el pelo.

–Estoy seguro de que alguien te amará por tu inteligencia –dije.

Harmony contestó que a lo mejor debía conformarse con eso.

Me sentí profundamente conmovido y escribí cuatro líneas más de su poema:

*Hamony, mi colega estudiosa,*
*tu mente es maravillosa.*
*Los libros son tu riqueza y tu ciencia,*

*cosas más importantes que la apariencia.*
*¿Quién se va a fijar en cómo caminas,*
*si es más importante lo que opinas?*

He observado que cuando Lucy camina, las nalgas se contonean rítmicamente. Las nalgas de Harmony no hacen lo mismo. En realidad las nalgas de Harmony son bastante escuálidas. ¡Pero admiro su forma de pensar!

*R es de retaguardia,*
*que viene a ser lo mismo que nalgas.*
*Cosa divina: un trasero que la pena valga.*
*Nalgas bellas,*
*nalgas hermosas.*
*Me gustan todas ellas,*
*¡cómo me atraen esas cosas!*
*Nalgas que veo todo el año,*
*nalgas que me mantienen en vilo.*
*Nalgas de buen tamaño,*
*nalgas de elegante estilo.*
*Las que más me gustan, ¿qué duda cabe?*
*Son las de Lucy West, pero ella no lo sabe.*

Lucy sigue fingiendo que no le intereso. No sé qué pretende. ¿Querrá que me le lance encima o qué? A lo mejor yo también debo fingir que me gusta otra persona, como Harmony, por ejemplo.

No estoy muy seguro de que a Lucy se le encienda la pasión por verme con Harmony, pero en este preciso momento ella es la única chica que estaría dispuesta a tener algo conmigo. Creo que produje muy mala impresión cuando le conté en público a Jason Trees lo de mi libro de la cucaracha. Ahora todo el mundo me dice Cucaracha o Insecto. Carrie Pringle me acusa de ser un bicho que se sube por las faldas de las chicas. Me parece muy injusto. ¿Por qué soy tan incomprendido?

Mi hermana ha estado especialmente antipática conmigo por estos días. Me dijo que yo era un pobre pervertido, que apestaba. Todo porque descubrió que le cogí un poco de su espuma limpiadora. ¡No usé tanta como para que hiciera ese alboroto!

Además, ¿por qué se enteró? ¿Acaso me espía?

Estoy muy deprimido. Ya no me faltan sino ocho letras y Lucy... ¡Ay, Lucy de mi vida! Todavía no da muestras de haberse ablandado. ¿Qué debo hacer para conquistar su amor?

Cada vez siento mayor empatía hacia las cucarachas. Si yo supiera que reaccionan ante el trato humano, tendría una cucaracha como mascota.

*La S viene de sexo.*
*Siempre lo tengo en la mente.*
*Pienso también en Lucy*
*A cada minuto la tengo presente.*

Hoy, en la biblioteca, Harmony me preguntó por mi libro de la cucaracha. Me dijo:

–¡Me gustó mucho el tono! Parece muy bueno.

–Puedes leerlo, si quieres. Lo malo es que sólo tengo una copia, porque la otra se la mandé a Jason Trees.

–Sí. Y si mi casa se incendia y la otra

copia se pierde en el correo, sería un desastre –agregó Harmony–. Jamás debes prestar tu propia copia.

–Exacto –respondí.

Luego, sin saber cómo y antes de que pudiera detenerme, mi boca se abrió sola y empezó a decir:

–Si quieres, puedes venir a mi casa y leerla ahí.

No sé por qué dije eso. Yo sabía lo que iba a pasar después, cuando mi hermana me viera con Harmony. Ya la veía diciendo: "¡Sara tiene novia, Sara tiene novia!"

Por otra parte, me gustaba la idea de que Harmony leyera mi libro. ¡Ella sería la primera persona en leerlo!

–¿Cuándo puedo ir? –me preguntó, emocionadísima.

–No sé, puedes ir hoy, si quieres –le dije.

–¿Después del colegio? –me dijo, con una sonrisa de oreja a oreja, dejando ver sus dientes llenos de ganchos. Reamente se ve un poco bobalicona, pero me gusta. Le respondí que sí, que después del colegio estaba bien.

Lucy me ha ignorado toda la semana. Yo sé que es por haberle escrito lo de apretar los hoyuelos. He estado como loco tratando de pensar en otra forma de hacer la rima. Tengo que encontrar algo.

Además de pensar en otra forma de describir las mejillas de Lucy, he estado buscando una oportunidad para encender su pasión, pero hasta hoy no se ha presentado ninguna. Luego, a las tres y media, cuando Harmony y yo íbamos saliendo del colegio nos encontramos a bocajarro (me pregunto de dónde habrá salido esa expresión) con Lucy y Sharleen. No lo

dudé un segundo. Sabía que debía actuar con rapidez, así es que agarré a Harmony de la mano. Creo que Harmony se sorprendió un poco, pero no pareció molestarse.

Por desgracia, a Lucy tampoco pareció molestarle. Lo único que hizo fue poner una sonrisa de suficiencia y decir:

–Que te aproveche.

Luego soltaron ambas una carcajada y Sharleen dijo con sorna:

–¡Cucachara!

–Tienen el cerebro del tamaño de una hormiga –dijo Harmony.

Pero lo que me gusta de Lucy no es su mente. ¡Es su cuerpo!

Tan pronto desaparecieron de nuestra vista, contoneándose, traté de soltarle la mano a Harmony, pero ella estaba agarrada como una ventosa. No me pareció muy caballeroso empezar a forcejear, así es que dejé mi mano donde estaba. Al fin de cuentas, no resultó ser tan mala idea. De hecho, fue agradable.

Esta es la primera vez que le cojo la mano a alguien. Supongo que eso marca un hito en mi historia. Cuando llegamos a casa, mi hermana había salido. ¡Qué alivio! Entonces saqué de la cocina galletas y leche y me llevé a Harmony a mi habitación. Nos sentamos en mi cama y le leí las cuarenta y cinco páginas de *Soy una cucaracha*. A medida que le iba leyendo, Harmony se fue comiendo todas las galletas. Al final, cuando se dio cuenta, pidió disculpas.

–Estaba tan metida en la historia que no me fijé en lo que hacía.

Le dije que no importaba, porque yo no tenía mucha hambre. Lo que me pregunto es: si siempre come así, ¿cómo hace para estar tan flaca?

–¿Qué tal te pareció el libro? –le pregunté–. Dime la pura verdad. Sé honesta.

–Bueno. Está bien. Te voy a decir la pura verdad. Para ser honesta te diré que... ¡me pareció brillante!

–¿De veras? –pregunté.

Quería estar seguro. Puede que Harmony no sea el objeto de mi pasión, pero sus opiniones me parecen muy valiosas.

–De veras –me dijo–. Me gustó mucho. Por lo general, los chicos siempre escriben cosas donde hay peleas y violencia.

–Bueno, sí hay un poco de violencia –dije–. La parte en que tratan de aplastar a la cucaracha con un zapato.

–Sí, pero eso fue un incidente pequeño –dijo Harmony–. De resto, es un libro bastante psicológico y profundo.

–Bueno –le dije, tratando de sonar modesto–. Esa era la intención. Lo que buscaba era meterme en la mente de una cucaracha.

–¡Y lo lograste! A la perfección. Ya nunca volveré a ver las cucarachas de la misma manera –dijo Harmony–. Aunque, para decirte la pura verdad, nunca he visto una cucaracha.

–Yo tampoco –le dije.

Harmony opinó que eso lo hacía aun más increíble: poder meterse en su vida interior. Supongo que tiene razón.

–¿Te sientes cercano a las cucarachas? –me preguntó Harmony–. ¿Sientes alguna afinidad con ellas?

Le dije que sí. Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza y dijo que se notaba.

Ahí fue cuando, sin saber por qué, le conté que en algún momento había pensado que algo malo me pasaba. Le conté que me daba miedo pensar que fuera *gay*.

Ella exclamó:

–¡Ser *gay* no tiene nada de malo!

–N–n–no, claro que no –dije–, pero me alegro de no serlo.

–¿Por qué te alegra? –preguntó Harmony.

–¡Porque entonces no me gustarían las chicas!

–Querrás decir que no te gustaría Lucy West –dijo Harmony.

Es muy perturbadora la manera como Harmony puede meterse en mi cabeza y leerme los pensamientos. Más tarde le pregunté (después de dejar pasar un rato, para que no fuera a pensar que era algo relacionado con Lucy) si le parecía muy ordinario decir que da gusto apretar unos hoyuelos. Harmony soltó una risotada y me dijo:

–¡Te chiflaste!

–No. Es en serio. Muy en serio.

–Está bien –empezó Harmony–. Voy a decirte la pura verdad.

Me confesó que no le parecía buena idea hablar de apretar unos hoyuelos para decir algo bonito de las mejillas.

–¿Entonces qué se podría decir? –le pregunté.

Harmony se rió y dijo:

–No te voy a escribir tus poemas de amor. Piensa tú solo.

Hasta ahora, se me ha ocurrido lo siguiente:

*1. Tus hoyuelos me hacen soñar*
*y nadie lo puede negar.*
*2. Los suaves surcos de tus hoyuelos*
*son tiernos como un par de polluelos.*
*3. Hoyuelos tienen las chicas de mi salón*
*pero los de Lucy no tienen comparación.*
*4. Los hoyuelos de Lucy son tentadores*
*y pensar en ellos me produce dolores.*

Ninguno de estos versos me convence. En cambio, escribí otros dos para el poema de Harmony:

*Aunque no tengas un busto prominente*
*nadie iguala la excelencia de tu mente.*

Creo que le van a gustar.

*T viene de testa,*
*que también significa cabeza.*
*Si le quitas la letra de en medio,*
*nos queda una belleza.*

He descubierto que Harmony ni siquiera alcanza a ser talla A–. ¡No es absolutamente nada! Ella y yo podemos hablar de cosas como los senos. Es increíble. Creo que ella podría enseñarme muchas cosas sobre las chicas.

Yo había pensado, por ejemplo, que a ella le preocupaba no ser ni siquiera A–. Me imaginaba que si yo fuera una chica y no tu-

viera pechos, sentiría que algo anda mal. Quizás empezaría a fantasear que nací en un cuerpo equivocado y que mi verdadero destino era ser un chico. Sin embargo, Harmony dice que cuanto más tarde en tener pechos, mejor.

–Al fin y al cabo –dijo–, ¿para qué sirven?

–Bueno, supongo que si fueran lo suficientemente grandes podrían servir para hacer de contrapeso.

–O se podrían usar como una especie de repisa –dijo ella.

Ahí empezamos a imaginarnos toda clase de tonterías: diversos usos para los pechos. Por ejemplo, se podrían usar para colgar cosas en ellos.

Se podrían usar para abrir puertas.

Se podrían usar para golpear a los asaltantes.

Se podrían usar para dispersar multitudes.

En todo caso, a Harmony no le interesa tener por ahora. Se me ocurre que, a pesar de sus grandes capacidades intelectuales, ella todavía es un poco inmadura. Me gusta sentir que, a este respecto, le llevo la delantera. ¡Mis hormonas son un volcán en plena actividad! Creo que las de Harmony todavía están dormidas.

No sé cómo llegamos al tema de los pechos. Habíamos empezado hablando de Jason Trees. ¡Hace poco nos escribió! A ambos. Esta es la carta que me mandó:

Querido *Salvatore:*

Te agradezco inmensamente tu hermosa carta. Fue muy amable de tu parte.

Leí tu libro *Soy una cucaracha* y lo disfruté mucho. Considero que, para poder publicarlo, de-

bería ser un poco más largo (quizá debas añadirle unos seis capítulos más) pero, sin lugar a dudas, es muy prometedor. Te deseo la mejor de las suertes.

Me halaga que mi charla te haya inspirado. Te adjunto una lista de los libros que he escrito. Es posible que los encuentres en la librería de tu localidad.

Con mis mejores deseos,

*Jason*

P.D. Quizás te interese saber que el próximo sábado estaré en la librería Waterstone, en el centro comercial Burnett, a las doce del día.

La carta de Harmony decía:

Querida *Harmony:*

Te agradezco inmensamente tu hermosa carta. Fue muy amable de tu parte.

Leí tu libro *Soy una cucaracha* y lo disfruté mucho. Considero que, para poder publicarlo, debería ser un poco más largo (quizá debas añadirle unos seis capítulos más) pero, sin lugar a dudas, es muy prometedor. Te deseo la mejor de las suertes.

Me halaga que mi charla te haya inspirado. Te adjunto una lista de los libros que he escrito. Es posible que los encuentres en la librería de tu localidad.

Con mis mejores deseos,

*Jason*

P.D. Quizás te interese saber que el próximo sábado estaré en la librería Waterstone, en el centro comercial Burnett, a las doce del día.

Nos sentamos en la biblioteca a la hora del almuerzo a mirar nuestras cartas.

–Pero yo le dije que todavía no lo había terminado –dijo Harmony.

–Ya está bastante viejo –le dije–. A lo mejor se le olvidó.

–Mmm... tal vez –dijo Harmony.

Comparamos las cartas, línea por línea.

–Por lo menos escribió nuestros nombres a mano... Eso las hace más personales –dije.

–Y diferentes –añadió Harmony.

Estuvimos de acuerdo en que a lo mejor Jason Trees recibía montones de cartas de sus lectores, y que de todas maneras era una proeza responderlas todas.

También estuvimos de acuerdo en que iríamos a verlo a la librería Waterstone, el sábado.

–Yo creo que va a estar lleno de gente, pero creo que al menos podremos darle un saludito –dijo Harmony. Luego me preguntó cómo iba el poema que le estaba escribiendo. Le dije que todavía estaba trabajando en él.

–Debe ser muy largo, ¿ah? –dijo con mucha emoción.

Luego me dijo que había encontrado otra figura retórica: no tener dos dedos de frente.

Eso es lo que dice mamá cuando va de compras: "Cualquier persona con dos dedos de frente puede darse cuenta que ese no es sitio para dejar el coche del mercado".

*U viene de "¡ugh!"*
*sonora señal de disgusto,*
*como en: "Ugh, huele a podrido.*
*¿Hay alguien con susto,*
*o tiene el intestino perdido?"*
*Ugh, fo, qué olor asqueroso.*
*Agh, puaj, hedor espantoso.*
*Aire de caño, aroma de basura,*
*no lo resiste ni la persona más dura.*
*Huevos podridos, humor de alcantarilla,*
*si quieres salvarte, tápate la naricilla.*

Bueno, Jason Trees no olía a huevos podridos, pero tenía un aliento algo apestoso.

Olía como a animal muerto. Harmony dice que es porque fuma.

Sólo alcanzamos a llegar a la librería Waterstone a las doce y cuarto. Pensábamos que íbamos a encontrar una cola larguísima que se salía de la librería y se extendía por los corredores, pero lo único que vimos fue a Jason Trees con cara de desilusión, en una mesa, sentado detrás de una pila de libros.

Eran sus libros. Cosas escritas por él. A lo mejor esperaba venderlos.

Levantó la cabeza y puso una expresión optimista al vernos llegar a Harmony y a mí.

–¿Qué puedo hacer por ustedes? –dijo, al tiempo que tomaba la pluma–. ¿Ya escogieron sus libros?

En realidad no habíamos ido a comprar libros. Sólo queríamos saludarlo y darle las gracias por las cartas. Era obvio que no nos había reconocido, pero, como dijo Harmony después, a lo mejor conocía demasiada gente como para acordarse de cada persona.

–Usted fue a nuestro colegio a darnos una charla –le recordé.

–Nosotros le escribimos –le dijo Harmony–. Le enviamos por correo nuestros relatos.

–¿Ah, sí? –dijo, y su expresión optimista se empezó a desvancer–. ¿Y yo les respondí?

–Sí, usted nos respondió –dijo Harmony.

–Ah, bueno. Muy bien –dijo él–. Entonces no vinieron a regañarme.

Nos quedamos allí un rato más, para acompañarlo, esperando a ver si empezaba a llegar la gente. Sin

embargo, lo único que pasó fue que llegó una señora a preguntarle dónde estaban los libros de otro escritor más famoso que él. A ambos nos daba pesar verlo todo acha-coso y mal trajeado, tratando de parecer como si no estuviera interesado en que la gente comprara sus libros. Como si estuviera allí nada más para darse un baño de popularidad, para pasar el día o algo así. Lo que decidimos hacer, entonces, fue comprarle un libro cada uno. Yo le compré uno que se llamaba *La graciosa Graciela* y Harmony le compró uno titulado *El señor comelimones*.

El señor Trees nos dijo:

–Esos libros son demasiado infantiles para ustedes. Son para niños de cinco años.

Claro que lo sabíamos, pero eran los más baratos. Yo le expliqué, un poco avergonzado, que no tenía dinero para comprar los más grandes. Harmony, muy astuta, dijo que había comprado *El señor comelimones* para su hermanita menor. (Luego supe que su hermanita tiene diez años y es una especie de niña genio.)

El señor Trees no tuvo más remedio que resignarse.

–Ah, pues muy bien, entonces.

Luego escribió, con su letra delgada y torcida una dedicatoria que decía: "Afectuosamente, Jason Trees".

Cuando íbamos saliendo, un niñito se le acercó con un libro de *Escalofríos* en la mano para que se lo autografiara. Al señor Trees no le gustó para nada el asunto y se puso altanero.

–¿Cómo vas a esperar que te firme algo que no escribí yo? –le dijo al niño.

El pobre chico quedó bastante alicaído. A lo mejor pensó que un escritor era la misma cosa que cualquier otro. Yo creo que a Jason Trees no le habría costado ningún trabajo firmarle el libro de *Escalofríos* al niño.

–¿Qué hacemos con estos libros? –le dije a Harmony cuando salimos de la librería.

–Guardarlos –dijo–. Son copias firmadas... Podrían llegar a ser valiosas.

Luego me confesó que ella sí tenía dinero para haber comprado otros libros más caros, pero que en realidad Jason Trees no escribía el tipo de libros que a ella le gustaban.

Le pregunté cuál era el tipo de libros que prefería y me dijo que en ese momento estaba leyendo *Orgullo y prejuicio*.

–De Jane Austen –me dijo.

–¡Yo sé de quién es! –le contesté.

Sin embargo, debo ser honesto conmigo mismo. Lo digo porque uno a veces trata de pasarse de listo. Confieso que hasta el bimestre pasado jamás había oído mencionar a Jane Austen. En la clase de literatura, el profesor Mounsey empezó a preguntar nombres de libros y de autores. Cuando preguntó si alguien sabía quién era Jane Austen, la gran Lucy levantó la mano y dijo: "Una tenista".

Hasta donde yo sabía, perfectamente podría ser cierto, pero no creo que el profesor Mounsey se hubiera puesto a preguntar por tenistas en clase de literatura.

Le recordé a Harmony esa historia y ella se rió de buena gana. (Harmony era la única que sabía quién era.)

–Es un objeto sexual –dijo.

–¿Quién? ¿Jane Austen? –pregunté.

–No, bobo –me dijo, pegándome con el libro de Jason Trees–. Lucy West.

–¿Y es que una persona no puede ser un objeto sexual y también saber quién es Jane Austen? –dije.

–Pues ella no sabía –dijo Harmony.

Me sentí algo deshonesto. Con Lucy, quiero decir. (Creo que "desleal" sería una palabra más adecuada.) Además, me parecía muy fuerte decir que una chica es un objeto sexual. Le dije a Harmony:

–Creo que te estás dejando llevar por tus prejuicios.

–No. A mí no me molestaría ser un objeto sexual.

Eso me sorprendió un poco.

–¡Pero entonces tendrías senos! –le hice notar.

Harmony suspiró y dijo que a lo mejor yo estaba en lo cierto.

Cualquiera habría estado de acuerdo. No puedes ser un objeto sexual si no tienes senos. Es apenas lógico.

De todas maneras, quedé un poco sorprendido.

Antes de despedirnos, Harmony me volvió a preguntar por su poema.

–¿Ya casi lo acabas? ¡Me muero de ganas por leerlo!

Le dije que lo estaba revisando. No sé, pero estoy comenzando a preocuparme ahora que sé que, allá en

el fondo, a Harmony le gustaría ser un objeto sexual. ¡A lo mejor debo reescribir totalmente el poema!

*V és de vulgar*
*que es lo que he sido.*
*Y luego, para completar,*
*también he sido atrevido.*

Ya me estoy aburriendo con este abecedario. Es obvio que no soy una persona normal. Estoy condenado al fracaso. Voy a terminar siendo un solterón extraño y cascarrabias que nadie quiere. Todo el mundo me rehuirá y me despreciará. Seré la versión humana de una cucaracha.

Hoy traté de entregarle a Lucy su nuevo *Poema a la mejilla de Lucy*.

–Este es diferente –le dije–. Es una versión revisada.

–No quiero saber nada de tu dichosa poesía, muchas gracias.

–Pero esta vez sí te va a gustar –le dije–. Es una versión nueva.

–¿Por qué más bien no te vas a nadar a una piscina de mocos? –chilló. Luego me rapó el poema de las manos, hizo una bola con el papel y lo tiró con desprecio a la calle, donde un bus le pasó por encima. Me sentí terriblemente desconsolado. Me pregunto si vale la pena seguir.

Por otra parte, el poema estaba muy bueno. Afortunadamente, todavía puedo recordarlo:

*Las mejillas de Lucy, sonrojadas,*
*son igual que las mejillas de las hadas.*
*Su sonrisa adornan dos hoyuelos hermosos*
*cual si fueran dos cisnes glamorosos.*
*Podría escribir mil poemas, pero sólo diré una cosa:*
*De todas la muchachas, Lucy es la más hermosa.*

¿Cómo podría alguien ofenderse con eso? ¡Le habría encantado! ¡Estoy seguro! A cualquier chica le habría fascinado. Es inevitable.

Creo que se lo voy a mandar por correo.

Harmony me dijo otra frase: tener rebotada la bilis.

–También se puede decir: "tengo exaltada la bilis" –dijo Harmony.

Le pregunté qué significaba. Me dijo que era estar muy irritado por alguna ofensa.

Tengo rebotada la bilis por culpa de Lucy. ¡Cómo se le ocurre tirar mi poema debajo de un autobús! Eso no se lo voy a perdonar jamás.

*La W no es de nada.*
*y ni siquiera vale la pena pensar.*
*Quizás se me ocurra alguna burrada,*
*o tal vez un chiste pesado logre recordar.*

Estos versos son de Harmony. ¡Ella ha escrito su abecedario a una velocidad increíble! Me preguntó si había escrito mi poema de la W. Le contesté que no. Por poco le digo que ni siquiera me iba a tomar la molestia. Estoy condenado al fracaso y eso es lo único que sé. Ya sólo me faltan tres letras para mandarlo todo al diablo. Es el fin.

*Jean Ure*

Cuando digo "es el fin" me refiero a morir en la flor de la vida.

*Aquí yace Salvatore d'Amate*
*También conocido como Sara Tomate.*
*Besar a una chica era su deseo más fuerte*
*pero el pobre sólo encontró la muerte.*

–Yo escribí dos –dijo Harmony–. Te puedo dar uno de los míos, si quieres. Sería una lástima desperdiciarlo.

El otro poema de Harmony era:

*W es de Whisky, que no conviene tomar,*
*si quieres una vida sana conservar.*

Etc., etc. Tiene como veinte versos más. Todo es sobre borrachos, tropezones, eructos y todas esas cosas. Me dijo que podía quedarme con ese, si quería, pero yo le dije que era muy largo para copiarlo.

–Me imaginé que te gustaría más el otro. A los chicos les gusta todo lo que tenga que ver con chistes pesados.

–No me parece gracioso –le dije.

Harmony me dijo que eso era porque estaba padeciendo los dolores del amor no correspondido.

–Nada parece gracioso cuando uno está en esa situación –agregó.

¿Ella qué sabe? ¡Apuesto a que jamás ha sufrido algo parecido!

Sólo hay una pequeña luz de esperanza en el horizonte. Joella Crick me invitó a su fiesta de fin de bimestre. También invitó a Harmony.

–A lo mejor me invitó –dijo Harmony– porque quiere que tú vayas. Ella sabe que tú y yo somos amigos, y debió imaginarse que tú no irías si no me invitaba a mí también. Yo creo que tú le gustas.

¿Será posible? Joella Crick fue una de las chicas que levantó la mano cuando Jason Trees preguntó a cuántas personas les gustaba leer. A lo mejor no estaba buscando impresionar a los profesores ¡sino a mí!

Sin embargo, lo importante es que Lucy va a ir. Ella sigue siendo el objeto de mis afectos, a pesar de haber tirado mi poema debajo de un bus. En todo caso, ya está decidido: si no puedo besarla en la fiesta, ¡adiós, mundo cruel! Ya no valdrá la pena seguir viviendo.

Otra expresión para decir que uno está muerto es: "está alimentando gladiolos".

*La X marca el punto.*
*¡La Y indica que ya!*
*La Z es el zenit:*
*allí acabo de llegar.*

¡Lo logré! ¡Lo logré! ¡Besé a una chica! ¡Soy normal! ¡Yujuu!

Ya no tengo que pensar en morirme, lo que me parece muy bueno, porque habría sido un terrible inconveniente para papá y mamá. Papá habría tenido que sacar tiempo libre de su trabajo para ir a mi entierro y mamá habría tenido que ir a comprarse un vestido ne-

gro. También supongo que me habrían extrañado un poco. Mi hermana no. Creo que ella se habría puesto contenta porque yo ya no volvería a cogerle su espuma limpiadora. Mamá habría llorado, y eso no le gusta porque se le hincha la cara. En resumen, fue mejor así.

¡Ya pasé la prueba!

No puedo dejar de pensar en la poesía. Precisamente, se me acaban de ocurrir algunos versos.

*Si hubiera decidido mi vida cortar*
*Mamá se habría puesto a llorar.*
*No me preocupa el mañana.*
*¡Hoy me salvó la campana!*
*He besado hasta más no poder.*
*Y quisiera volverlo a hacer.*

Mis hormonas siguen pareciendo un volcán en plena agitación. Es como si no pudieran creer lo que ocurrió. Bueno, yo mismo casi que no lo puedo creer. Pienso en eso todo el tiempo.

Mi entrada al mundo de la normalidad fue así: el viernes se terminó el bimestre. El sábado, o sea ayer, fue la fiesta de Joella Crick.

Fui únicamente porque dije que iba a ir y, además, porque tampoco tenía otra cosa que hacer, pero la verdad es que no tenía muchas esperanzas. El miércoles le envié a Lucy su *Poema a la mejilla de Lucy*, versión II. Se lo envié por entrega inmediata, para estar seguro de que ya el viernes lo hubiera recibido. Yo seguía lanzándole unas miradas muy intensas, pero ella nunca me

correspondía. Tampoco me atrevía a preguntarle directamente: ¡con ese carácter! Aunque es menudita, pega duro. Una vez la vi golpear a Kelvin Clegg tan fuerte que casi lo manda al suelo. No quería que a mí me pasara lo mismo.

El sábado pensé que ya era hora de ir haciendo mi testamento. Les dejé todas mis cosas a papá y a mamá, salvo los libros, que eran para Harmony. Me parecía que ella era la única persona que los apreciaría de verdad.

Mi testamento decía así:

Testamento de Salvatore d'Amato, quien, para todo efecto legal seré yo mismo, en cuanto titular del presente testamento.

Yo, en plena posesión de mis facultades, le dejo mis libros a mi buena amiga Harmony Hynde.

Firmado en la fecha de hoy por Salvatore d'Amato.

Inmediatamente después de terminarlo, pensé otra cosa y le agregué un otrosí, que es un añadido que uno les pone a los documentos cuando se acuerda de algo más:

El presente es un otrosí al testamento del anteriormente mencionado Salvatore d'Amato, quien para todo efecto legal seré yo mismo.

Todo mi testamento permanece igual, salvo en lo tocante a mi hermana, a quien heredo todos mis calzoncillos.

Puse eso para desquitarme de ella por llamarme pervertido. De cierta forma, es una lástima que no haya

ocurrido. Me habría gustado verle la cara al escuchar lo de los calzoncillos.

Claro que estando muerto no podría verla. En todo caso, me alegra estar vivo. ¡La vida es bella y vale la pena vivirla!

Creo que Harmony se equivocó al pensar que le gusto a Joella. Me parece que a Joella le gusta el Pote. Sin embargo, él se pone furioso cuando yo le digo eso.

También me parece que Harmony debería dejar de ser tan crítica consigo misma. Se lo voy a decir. ¿Qué le hace pensar que Joella la invitó a la fiesta solamente porque quería que yo fuera? Es obvio que invitó a Harmony porque es agradable. Yo creo que a cualquier persona le gustaría tenerla como invitada en una fiesta. ¡A mí me gustaría!

Lucy fue a la fiesta; estaba con Sharleen. Como era de esperarse, Sharleen torció los labios cuando me vio y le dijo a Lucy:

–Mira quién llegó.

Lucy me sonrió. ¡Pero me sonrió de verdad!

–La versión II estuvo mucho mejor que la versión I –dijo Lucy.

Era un buen comienzo.

Luego, Joella nos dijo que íbamos a jugar. Era un juego que una vez habían jugado en una fiesta donde un primo suyo y, según nos contó, se habían divertido una barbaridad. Para jugarlo, las chicas debían vendarse los ojos y ponerse en fila, mientras que los chicos debían salir y entrar uno por uno, también

con los ojos vendados, y besar a cada una de las chicas.

Un tonto de nuestra clase llamado Bertoldo Tosser (el pobre tiene, además, un nombre bastante tonto) preguntó que cuál era el objetivo del juego.

–¡Adivina, viejo! –le dijo el Pote.

De todas maneras, Joella explicó que el objetivo del juego era recordar cuál había sido la chica que más le había gustado besar a cada uno; lo mismo en el caso de las chicas.

Bertoldo preguntó con su tono de voz atontado:

–¿Y uno cómo va a saber si tiene los ojos tapados?

–Vas contando –le dijo Joella. Chica número uno, chica número dos, y así. ¡Sólo somos seis!

¡Sólo seis! El Pote y yo nos miramos. Después me dijo que era una lástima que una de las chicas fuera Nasreen Flynn, porque a ella ya la había besado. Harmony quiso saber qué pasaba al final.

–¿Cómo sabes qué número era cada chico?

Joella explicó que, al final, todos los chicos se ponían en una fila, en el mismo orden en que habían besado a las chicas y todos se quitaban las vendas. ¡Así se sabía quién era quién!

Las chicas eran: Harmony, Nasreen, Joella, Lucy, Sharleen y Carrie Pringle. Yo no sabía en qué orden iban a quedar, ¡pero estaba seguro de poder reconocer a Lucy!

Cuando me tocó a mí el turno, mis hormonas estaban en tal grado de agitación que parecía que fuera a

estallar como un globo. ¡Seis chicas de una sola vez! Bueno, casi.

La número uno estuvo bien. Me pareció que era Nasreen. La número dos estuvo remilgada y algo tonta. Me pareció que podía ser Sharleen. La número tres parecía un pescado muerto. Carrie Pringle, de seguro. La número cuatro estuvo bien. La número cinco estuvo más o menos. La número seis... ¡Fue una delicia! La número seis fue un beso sublime. ¡Con seguridad era Lucy!

¿Cómo puede uno engañarse tanto? Cuando nos pusimos en fila para ver a quién habíamos besado...

¡La número tres era Lucy! Un pescado muerto. La número uno era Carrie Pringle. ¡Y la número seis era Harmony!

¡Mi vida nunca volverá a ser igual!

Esta mañana, Harmony me llamó por teléfono. Mi hermana gritó:

–¡Saraaaaaaa! ¡Tu novia!

Creo que sí... ¡Ella es mi novia!

Hablamos sobre la fiesta. Harmony quería saber cómo me había parecido lo de besar a todas las chicas.

–Dime quién te pareció bien y quién no –me dijo.

–Bueno, pues Carrie Pringle estuvo bien. Nasreen Flynn estuvo bien. Sharleen estuvo bien. Joella estuvo bien. Lucy estuvo...–tuve que pensar un poco antes de hablar, pero luego dije–: estuvo bien.

–¿Nadie estuvo emocionante? –preguntó.

–Sólo una persona –le dije–. ¿Y tú? ¿Alguien te pareció emocionante?

–Sólo una persona –dijo Harmony.

Hubo una pausa corta y luego le dije.

–Cuéntame quién te pareció emocionante y yo te cuento a ti.

Así lo hicimos. ¡Ahora tengo que reescribir mi poema!

*Poema para Harmony Hynde*

*Harmony Hynde, tu mente es prodigiosa*
*y tu apariencia también es hermosa.*
*Cuando beso tus dulces labios*
*soy más feliz que todos los sabios.*
*El tiempo juntos parece poco.*
*¡De ti estoy enamorado como loco!*

Espero que le guste.

## *Otros títulos:*

*La venganza de la vaca*
Sergio Aguirre

*Cambio de voz*
Irene Vasco

*Los ojos del perro siberiano*
Antonio Santa Ana

*El lunático y su hermana Libertad*
Paul Kropp

*Por favor, vuelve a casa*
Christine Nöstlinger

*Lloro por la tierra*
Mildred D. Taylor

*El abogado del marciano*
Marcelo Birmajer

*Los escorpiones*
Walter Dean Myers

*Lástima que estaba muerto*
Margarita Mainé

*Bonsai*
Christine Nöstlinger

*Voces en el viento*
Robert Westall

*Cara de rata*
Garry Disher

*El fugitivo*
Terence Blacker

*Rehenes*
Edward Myers

*Él entre nosotras*
Anne Myers

*Papita en invierno*
Brian Doyle

*La revelación del Santo Bruno*
Tres Seymour

*Los años terribles*
Yolanda Reyes

*El beso de plata*
Annette Curtis Klause

*Cuarto A*
Sergio Gómez

# Me dicen Sara Tomate

Jean Ure

Tengo una lista de cosas anormales sobre mí:

1. Mi nombre. Salvatore d'Amato. Puede que sea muy apropiado en Italia, pero yo no vivo en Italia sino en Inglaterra. Vivo en un barrio de las afueras de la ciudad, a cinco minutos de la casa de Kelvin Clegg. Él fue el que me puso Sara Tomate.

Cuando no me llaman Sara me llaman Salva. Eso debe tener un efecto psicológico. Los padres pueden ser muy crueles con los hijos cuando escogen el nombre. Como los esposos Casas, que le pusieron Armando a su hijo.

Yo preferiría mil veces llamarme Armando Casas y no Sara Tomate.

C.C.11223
ISBN 958-04-5775-1

GRUPO EDITORIAL norma
INFANTIL•JUVENIL

http://www.norma.com

9 789580 457756

08-DDM-900